



BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO

SALAMANCA, Septiembre - Octubre 1984

BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA
..... FOLIO 36/4

2405

sumario

PRELADO	* Ante el DOMUND.....	369
	* Carta a los sacerdotes diocesanos.....	370
IGLESIA DIOCESANA		
	* Vicaría de Asuntos Económicos (Delegación de S.S. de Religiosas Contemplativas):Colecta Religiosas de Clausura Día "Pro Orántibus".....	371
	* Cantidades entregadas a las Parroquias para obras, durante el año 1983.....	373
	* Delegación de Apostolado Seglar: I Congreso Nacional de Profesores Cristianos. Jornada Diocesana.....	374
	* Secretaría General: Ultimos Nombramientos.....	384
IGLESIA ESPAÑOLA		
	* Conferencia Episcopal Española: Congreso de la Iglesia Española sobre "Evangelización y hombre de hoy".	385
	* Esperando de nuevo al Santo Padre.....	388
	* Comisión Episcopal de Pastoral Social: Crisis económica y responsabilidad moral.....	390
SANTA SEDE		
	* Teología de la Liberación. Resumen del Documento..	395
	* "La Paz y los Jóvenes caminan juntos". Tema para la XVIII Jornada Mundial de la Paz.....	403
C.E.L.A.M.		
	* V Centenario de la Evangelización en América. Documento del CELAM.....	401
NOTICIARIO		
	* Viaje del Papa a Zaragoza.....	406
	* Clausura en Salamanca de la XXIX Semana de Derecho Canónico.....	420
	* Jesuitas: 450 años.....	421
	* Nueva Superiora General de las Hermanas del Amor de Dios.....	422
	* Centro Nacional de Vocaciones (CONFER).....	423
	* Miembros de la Prelatura Opus Dei, ordenados por Mons. Suquía.....	423
NECROLOGIA	424
COLABORACION		
	* La Gesta Evangelizadora de América.....	425
	* Centenario de la llegada de los Maristas a España....	439
	* D. Jaime Flores Martín y el Pontificio Colegio Español, en Roma.....	440

BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

Año 136 • Sepbre.-Octubre 1984 • Núms. 9-10

DIRECTOR: Manuel Cuesta Palomero
Iscar Peyra, 26. Tel. 21 82 05. Salamanca

ADMINISTRADOR: Eduardo del Arco García
Iscar Peyra, 26. Tel. 21 84 66. Salamanca

prelado

ANTE EL DOMUND '84

«La genuina comunidad no debe fomentar sólo el cuidado de sus propios fieles, sino preparar también, imbuida de celo misionero, el camino de todos los hombres hacia Cristo» (PO, 6). No hay, en efecto, verdadera comunidad si no es misionera. Y este espíritu misionero no es tal si no tiene la dimensión universal, católica. El sentido misionero pertenece a la entraña misma de la vida cristiana.

La diócesis es una Iglesia particular, local, comunidad reunida por la Palabra y la Eucaristía, presidida y dirigida por el sucesor de los Apóstoles, el Obispo, y que concretiza y hace presente la realidad de la Iglesia del Señor. Por eso, la diócesis no tiene razón de ser si no es en función de la Iglesia universal.

Nuestra Comunidad diocesana de Salamanca se siente premiada por esta exigencia misionera. Cuando repaso la relación de sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares de Salamanca que trabajan apostólicamente en tierras de misión doy gracias al Padre, dador de todo bien, porque de todos los puntos cardinales de nuestra Diócesis ha suscitado misioneros: desde Aldeadávila de la Ribera hasta La Alberca, desde Cantalapiedra hasta Guijuelo, desde Vitigudino hasta Macotera... Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, República Dominicana, Paraguay, Perú, Venezuela..., Zaire, Mozambique, Filipinas, Taiwan... son algunos lugares de evangelización donde «nuestros» misioneros construyen el Reino. El recuerdo de estos hermanos nuestros remueven las fibras más hondas de nuestra solicitud por todas las Iglesias.

En vísperas del DOMUND, jornada mundial en favor de las Misiones, oímos el aldabonazo de la universalidad de la Iglesia de Cristo, que nos exige salir de nuestro egoísmo provinciano y abrirnos a la catolicidad de la Iglesia. «¿Es misionera mi comunidad?». Interrogante al que no daremos respuesta positiva si, en la práctica, no somos capaces de romper las barreras en que aprisionamos la fe católica en nosotros mismos, en el grupo, en las instituciones, en las parroquias, en la diócesis.

La evangelización en esta «nuestra tierra de misión» será más fecunda cuanto mayor sea el esfuerzo que preste la Diócesis en la propagación de la fe en el mundo entero, cuanto más profundamente viva la urgencia misionera, a pesar de nuestros problemas y necesidades.

Salamanca, 15 de octubre de 1984.

✠ MAURO, Obispo de Salamanca

CARTA A LOS SACERDOTES DIOCESANOS

Podemos realizar ahora los deseos del Consejo Presbiteral y que en mi carta pastoral de la Navidad pasada os comunicaba respecto a los Ejercicios Espirituales para el Clero Diocesano.

A nadie se le oculta la necesidad que nosotros tenemos de retirarnos unos días para reflexionar seriamente y orar al Señor que nos llamó con vocación de especial consagración a su seguimiento y a una tarea harto difícil en estos tiempos cambiantes. Revisar y potenciar el fundamento de nuestra relación personal con El es imprescindible.

Quiero que todos los sacerdotes diocesanos, de una forma u otra, por supuesto con mayor periodicidad e intensidad de lo que se viene haciendo, dediquen unos días a esta reflexión personal bajo la luz del Espíritu.

Pienso encabezar los próximos Ejercicios Espirituales programados en la Casa Diocesana de Espiritualidad (Alto del Rollo), para la semana del 19 al 24 de noviembre próximo. Los dirigirá el P. Ignacio Iglesias, Provincial de los PP. Jesuitas en España.

Os invito a estos días de silencio y oración. También a los que ya habéis tenido por zonas vuestros «encuentros» de programación pastoral. Haced un hueco en vuestra agenda. Avisad cuanto antes al Secretario General del Obispado.

Salamanca, 14 de septiembre de 1984.

✠ MAURO, Obispo de Salamanca

iglesia diocesana

Vicaría de A. Económicos

(Delegación S.S. de Religiosas Contemplativas)

COLECTA RELIGIOSAS DE CLAUSURA DIA «PRO ORANTIBUS»

AÑO 1984

	Pesetas
Oblatas de Cristo Sacerdote (Capilla)	1.325
Siervas de San José (Casa de Santa Teresa)	2.000
Aldeanueva de Figueroa	4.053
Mata de Ledesma	735
Parroquia de San Pablo (Salamanca)	8.505
Espino de la Orbada	2.217
Villanueva de los Pavones	2.933
Parroquia de San José «El Milagro»	28.125
Villaseco de los Reyes y anejos	8.000
Parroquia Ntra. Sra. del Carmen (Salamanca)	42.100
Villar de Gallimazo	4.200
Campo de Peñaranda	3.500
Villarmayor de Ledesma	2.350
Vecinos y anejos (Cortos y El Cueto)	2.500
Parroquia S. Juan de Sahagún (Salamanca) (1. ^a entrega)	71.900
Parroquia S. Juan de Sahagún (Salamanca) (2. ^a entrega)	40.000
Parroquia San Marcos (Salamanca)	75.706
Parroquia María Auxiliadora	25.000
Parroquia de Juzbado	3.250
Parroquia de Rollán	1.100
Iglesia de la Clerecía	8.000
Residencia «San Rafael»	5.205
Parroquia de Amatos y Nuevo Naharros	6.200
Aldeanueva de Figueroa (2. ^a entrega)	1.000
Villoruela	9.650
Moríñigo	1.182
Babilafuente	8.065
Parroquia de Armenteros	770
PP. Carmelitas de Alba	6.200

Vitigudino	4.000
San Isidro	4.100
Monleras y anejos	4.000
Yecla de Yeltes	11.200
Escuernavacas	3.482
Pozos de Hinojos	11.252
Moronta	5.580
Peñaranda de Bracamonte	38.000
Lagunilla	5.500
MM. Franciscas	1.300
Cordovilla	2.900
Alconada	4.100
Ventosa del Río Almar	6.200
Parroquia de Cristo Rey	4.000
Arcediano	4.000
Tardáguila	1.000
PP. Dominicos (San Esteban)	16.400
El Cerro	1.000
Montemayor del Río	1.400
Religiosas de la Caridad. Asilo A. Peñaranda	15.300
Cantaracillo	1.000
Parroquia San Juan de Sahagún (3. ^a entrega)	50.000
Cabrerizos	1.000
Parroquia Dulce Nombre	5.000
Nava de Sotrobal	2.500
Ledesma	8.000
Masueco	500
Corporario	600
Aldeadávila	2.900
Zarza de Pumareda	2.300
Cristóbal de la Sierra	500
Calzada de Béjar	918
Sta. M. ^a de los Llanos	58
Valdefuentes	584
Molinillo	234
TOTAL	596.085

Salamanca, 16 octubre 1984.

NOTA: Si llega alguna cantidad, con posterioridad a esta fecha, se publicará en el próximo Boletín.

**CANTIDADES ENTREGADAS A LAS PARROQUIAS PARA
OBRAS DURANTE EL AÑO 1983**

	Pesetas
El Cabaco	25.000
Gomecello	50.000
Barbalos y Peralejos	80.000
Villares de la Reina	30.000
Golpejas	100.000
La Sierpe	22.150
Villanueva del Conde	50.000
Babilafuente	130.000
Las Veguillas	50.000
Terradillos	30.000
Navaonvela, Revalbos e Iñigo Blasco	150.000
San Pedro de Rozados	50.000
Monterrubio de la Armuña	80.000
Villar de Peralonso	50.000
Brincones	50.000
Santibáñez de la Sierra	50.000
Sandomingo	100.000
Mogarraz	150.000
Navarredonda	100.000
Beleña	100.000
Berrocal de Huebra	740.000
Guadramiro	100.000
Cabeza de Diego Gómez	80.000
Villaseco de los Gamitos	120.835
Palacios del Arzobispo	100.000
Calzada de Valdunciel	100.000
Arabayona de Mójica	100.000
Almenara de Tormes	150.000
Torresmenudas	50.000
Buenamadre	50.000
La Tala	75.000
San Morales	50.000
Arapiles	60.000
Garcihernández	50.000
TOTAL S. E. u O.	3.272.985

El Director General del Instituto Pontificio «Claune» saluda a D. Heliodoro Morales, Delegado S.S. Monjas de Clausura, y contesta a su atenta carta de fecha 19 del pasado mes de septiembre, recibida hoy.

Le agradezco la información, que ha tenido la bondad de enviarme, a efectos de evaluación de nuestra campaña del DIA PRO ORANTIBUS, y me congratulo del fruto de la colecta en la diócesis, que no es pequeño comparado con lo que se recoge en otras, aunque siempre sería pequeño para los gastos ingentes de la S.S.

Reciba un saludo muy afectuoso.

José M.^a Mesa Delgado aprovecha esta ocasión para expresar-le el testimonio de su consideración más distinguida.

Madrid, 4 de octubre de 1984.

General Martínez Campos, 18. Teléfono 446 71 68.

Delegación de Apostolado Seglar

I CONGRESO NACIONAL DE PROFESORES CRISTIANOS. JORNADA DIOCESANA

El día 20 de octubre pasado se celebró en Salamanca un encuentro diocesano de profesores cristianos, como jornada preparatoria para el Congreso Nacional que tendría lugar en Madrid, del 1 al 4 de noviembre de 1984.

Presidió el acto el Sr. Obispo de la Diócesis, acompañado del Sr. Vicario General. Un gran número de profesores de todos los niveles y modalidades de enseñanza, en centros públicos y privados, llenó completamente el Salón de Actos del Obispado.

Después de unas breves palabras de saludo por parte del Coordinador Diocesano para el Congreso, el Grupo de profesores que ha venido preparando durante el curso pasado dicho Congreso, expuso un resumen de la labor realizada, que por su interés recogemos a continuación.

Identidad del profesor cristiano y su compromiso en la escuela

Hace más o menos un año se dio a conocer la idea de celebrar un Congreso Nacional de Profesores Cristianos. Muchos estuvimos en la presentación del mismo. En el ambiente se respiraba ese ánimo de quien vislumbra la posibilidad de aportar algo

de la propia realidad y vivencias, (aunque quizás algunos sólo aportásemos inquietudes, dudas o vacilaciones) a la preparación del Congreso. La idea no pasó desapercibida. Un grupo de profesores nos sentimos interpelados, aceptamos el reto y recogimos la iniciativa para ir haciéndola realidad.

Reunidos periódicamente desde febrero, hemos tratado de reflexionar y profundizar en diversas cuestiones, estando seguros de no ser obreros inútiles y de que algo podemos ofrecer a cuantos, en la distancia, participan de nuestras mismas ilusiones y esperanzas. Ahora nos sentimos orgullosos y nos complace transmitir algunas de las conclusiones a las que hemos llegado.

Fuimos iniciando una serie de encuentros en los que, exponiendo nuestra vida y experiencias, fueron germinando distintas concepciones. No escatimábamos esfuerzos en el intento de contrastar métodos y aunar posturas. Al principio no fue fácil; el grupo no era homogéneo —unos profesores de Universidad, otros de Instituto, otros de E.G.B.— y cada uno enfocaba los problemas de manera diversa. Esto no impidió que hubiera unidad. Una fe común, con grandes ansias de compartir, latía bajo nuestras diferencias personales y posibilitaba la realización de los fines propuestos, animados por un Jesús alentador y su mensaje. Se creó el clima necesario para emprender un trabajo conjunto que se centró primordialmente sobre la **IDENTIDAD DEL PROFESOR LAICO CRISTIANO**.

1.—Subrayamos la importancia actual del laico católico en la escuela. Somos conscientes de que de los laicos, creyentes o no, depende básicamente el que la enseñanza consiga la realización de sus fines. Función ésta que ha sido reconocida por la Iglesia en el Vaticano II. Todos aquellos que nos sentimos católicos en el complejo mundo de la enseñanza, tenemos una obligación intrínseca de manifestarnos y desarrollar con fuerza y energía la labor educativa, bajo la firme convicción de nuestras creencias.

2.—Ahora bien, no estaríamos conformes si nos estancásemos en un exclusivo sentimentalismo o si nos dejásemos guiar por la sola pretensión testimonial (pretensión que no negamos, sino, al contrario, le damos una importancia decisiva en nuestras actividades). Se nos exige, y en ningún momento quedamos liberados o eximidos de un elevado nivel cultural, de forma que, como profesores que somos, dispongamos de una preparación docente lo más responsable y eficiente posible. En concordancia con esto, estamos llamados a una labor de **FORMACION INTEGRAL** de la que debemos tomar conciencia. ¿QUE ENTENDE-

MOS POR FORMACION INTEGRAL? No otra cosa que el desarrollo de todas y cada una de las facultades humanas del educando:

- Por una parte, su preparación para la vida profesional.
- Por otra, la formación de su sentido ético y social.
- Pero además e igualmente su apertura a la trascendencia y su educación religiosa.

Queda claro, pues, que nuestra tarea no debe quedar reducida a ser meros transmisores de conocimientos.

3.—Las reflexiones precedentes motivaron la pregunta por la razón de ser del laico en la enseñanza-educación. Algunas de nuestras respuestas han sido:

a) El docente católico es primeramente miembro de una Iglesia con la que ha adquirido un compromiso testimonial que, ineludiblemente, debe llevar a cabo en su ambiente siempre, teniendo presente una adecuada profundización teológica.

b) El nivel cultural se ha elevado considerablemente, lo que exige una mayor preparación para el ejercicio de cualquier profesión. Junto a esto, el derecho de la persona a una educación integral que responda a las exigencias de la persona humana.

El docente debe estar abierto a todo acontecer histórico y poseer una preparación que, en su momento, aporte una renovación sin excluir ningún ámbito o aspecto de la tarea a realizar.

4.—Algo central en nuestras reflexiones fue el reconocer al laico docente su función de educador. Es decir, no sólo le compete instruir, sino, sobre todo, *educar*. Y fortalecido desde nuestra presencia como cristianos.

Esta tarea del educador católico ha de desarrollarse en una comunidad educativa, en el conjunto de estamentos —alumnos, padres, profesores, personal no docente— relacionados entre sí, que otorga a la escuela el carácter de institución donde se atiende a la formación integral. Esto implica que la comunidad educativa se relacione con comunidades más amplias y sea el lugar donde el educador enseñe a vivir al educando, que significa ser miembro de la gran comunidad que es la Iglesia.

5.—¿COMO VIVIR LA PROPIA IDENTIDAD? Este interrogante provocó múltiples respuestas. Pero destacamos la *profesionalidad*, es decir lograr una sólida formación profesional que incluye perfeccionamiento cultural, psicológico y pedagógico. Debemos estar abiertos al progreso cultural-científico del saber. Este vivir profesional debe acercarnos al alumno para responder a sus

preguntas y aclarar sus dudas sobre el sentido del hombre, de la vida humana, de la historia y del mundo, teniendo siempre en cuenta el rico ofrecimiento de la revelación cristiana.

Para concluir, queremos decir que sería nuestro mayor deseo que muchos de vosotros se animen a compartir algo de su tiempo en estas reflexiones, que seguramente redundarán en su enriquecimiento personal y en el de todos los que nos dedicamos a la tarea educativa.

El espacio central de la jornada lo ocupó D. Carlos Díaz, Profesor titular de Historia de la Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, que tuvo una lección magistral sobre Diálogo Fe-Cultura.

ALGO QUE PODRIA SER TERRIBLE: QUE EL CLERIGO TUVIESE LA FE SOLA Y EL LAICO LA SOLA CULTURA

I: LA DIFICULTOSA RELACIÓN FE-RAZÓN

Tras citar a los filósofos cristianos, Padres griegos y romanos, a los filósofos árabes (con su teoría de la doble verdad, la razón y la fe), a la escolástica, la Ilustración y el positivismo, aludió a la existencia en la actualidad de apologetas agnósticos secularizados, que coinciden en su desprecio a la fe afirmando que «un hombre adulto y razonablemente instruido no es un creyente o un incrédulo, sino que se *despreocupa* de tales cuestiones» y que «la fe tradicional es incompatible con la ciencia porque aquella utiliza un concepto de verdad que es insostenible desde la fuerza *cognoscitiva* del método científico», «a la altura de nuestro tiempo..., las creencias religiosas y su finalismo son insostenibles».

Esta situación levanta acta de situación epocal, no siendo en modo alguno opiniones aisladas.

II: LA EXPERIENCIA DEL ÉXODO

Es frecuente hoy una relación disarmónica entre fe y razón. Abundan los profesionales serios en sus respectivas especialidades que pese a decirse más o menos creyentes exhiben un primitivismo teológico, tan increíble e intolerable, como sin embargo real. En la raíz suele haber una ignorancia crasa de la historia de la Iglesia, de la cultura grecolatina de nuestros clásicos, y en general de la Teología. Con este telón de fondo no ha de extrañar la proclividad hacia el desprecio de lo desconocido. En este contexto, ¿qué puede esperarse?

Ante esta realidad de una fe sin cultura aglutinante y de una cultura sin fe vivificante, escasos serán los que hoy tengan una visión coherente, global y sistemática, y por ende también muy escasos los que sostengan con su vida y en sus praxis una militancia global.

En general domina la filosofía de la «doble contabilidad», en donde la cultura va por un lado y la fe por la acera de enfrente. Así, aunque el catedrático en cuestión sea católico, no es fácil saberlo por su comportamiento, ya que lo oculta celosamente.

¿Dónde están esos laicos que han asumido agradecidos tantos años de historia contenidos en la cultura cristiana, capaces de dialogar con la modernidad en el propio terreno de ésta, sin miedos ni escapismos, con altura, yendo más lejos y más positivamente? ¿Dónde, en suma, la cultura cristiana?

¿Dónde radica la inculpación del laico al clérigo? El laico inculpa al clérigo por no ser suficientemente moderno o por serlo demasiado, pero siempre por lo mismo: Porque el clérigo ha devenido depositario de una fe desentendida de la razón, que ha ido a parar a las manos del laico. Por no crecer en una misma fe y en un mismo esfuerzo cultural, entre unos y otros la guerra será permanente. ¡No es que éste o el otro episcopado sea más o menos abierto con los hombres de cultura y con los teólogos mismos maestros de la hermenéutica, es que la división social del trabajo entre las dos partes produce de suyo irreparables y permanentes antítesis, que la buena fe no puede contener, ni el mucho amor recíproco! Bonita «circulatio» se inauguró el día en que el clérigo inculpó al laico que inculpó al clérigo... En esta recurrente circularidad, no hay salida: Ni se puede pastorear lejos de la cultura, ni cabe cultura cristiana lejos de los pastores y su magisterio.

Y si continúo en lo cierto, entonces también cabría decir que del mismo modo que hoy el laico combina con todo (se puede ser laico católico y capitalista, católico y comunista, etc., como si todo diera igual y no ignoramos que tampoco existe una única cultura) también parece combinar con todo el pastor depositario de la fe, que en sus opciones teológicas lo mismo se adscribe (muy mayoritariamente) a la teología centroeuropea, que a la latinoamericana, sin que haya habido a la vez una labor de confrontación y crítica racional de los modelos culturales y antropológicos que acompañan a una y otra opción.

Mientras tanto, ocurre lo que menos se piensa: Que la historia actúa y que en ella no hay saltos, que los laicos cada vez tienen menos personalidad, que la iglesia se despuebla de jóvenes,

que en ella no se hace la suficiente experiencia de conversión, aquella que no se limita a dejar que los leprosos, esos posmodernos, pudieran acercarse, sino que tendría que comenzar por besar a los leprosos e ir a su alcance. La poltrona no es lugar natural del creyente, del mismo modo que «todo hecho natural, para ser auténtico, entraña un momento ético».

Resultado: Que lejos de no haber determinado bien la gravísima cuestión de hasta dónde llega la razón (teólogos, laicos cultos) y hasta dónde la fe (magisterio), la ventaja producida en el punto de partida (es Dios quien revela a los hombres la verdad, el camino, la vida), pues la Verdad es Dios, y no nosotros, se puede tornar desventaja por culpa de los hombres mismos enterrando los talentos debajo del celemín: Inmensa parábola que nos habla de la aventura de crecer, de la hermosura del riesgo, y del miedo a perder.

Y por si todo eso fuera poco, mientras tanto la iglesia ignora la cultura contemporánea, como la cultura ignora a la Iglesia.

Muy dura esta experiencia de éxodo, donde por lo demás, y como su resultado, a veces el laico ha intuido que jugaba el papel de peón de brega, a cuyos pies podía estallar la mina, de no haber cumplido satisfactoriamente la exploración planeada desde atrás por los superiores cómodamente instalados que podían revocarle su cédula de explorador, devuelta tras las retractaciones obligadas (versión renovada de Canosa) o que luego de abierta la brecha y sorteado los rigores de los espinos volverían a las andadas...

Así las cosas ¿no es comprensible —no decimos «justificable»— que el laico medio prefiera no arriesgarse a sufrir las cargas en profundidad de los de dentro, y escaquearse o metamorfosearse ante los de fuera? Triste resultado, pero habitual. Resulta penoso ver cómo el agnóstico zahiere al laico que se oculta, mientras teme al laico que da la cara de forma digna y racional. Quedan por delante muchas más experiencias de éxodo, pero ellas sólo serán experiencias de fe a condición de que tengamos voluntad de conversión, la cual comienza por el reconocimiento de la propia culpa.

III: POR UNA CULTURA FIDEDIGNA

La conversión entraña el reconocimiento de que no hay fe sin mediación cultural. La fe no se puede quintaesenciar, precipitar o cristalizar en forma químicamente pura, separada de la ganga de la cultura. Tal sería alquimia religiosa. Aunque en modo alguno quepa pensar que la fe sea cultura, ninguna religión puede

sin embargo prescindir de ella en su esfuerzo de racionalidad comunicativa. Desierto de fe, desierto de cultura (cabría preguntarse —tema que excedería este trabajo— si a desierto de cultura desierto de fe).

Una cultura fidedigna exige una renovación de nuestras fuentes que si bien no puede ignorar lo ocurrido tras Marx/Freud/Nietzsche, tampoco ha de aceptarlo, y que en caso contrario acentuará el fuerte retraso habido en la cultura católica desde Galileo Galilei. Esa nueva cultura entrañará, como mínimo, aquello que Juan Ruiz de la Peña propone: El hombre como valor absoluto, la historia como espacio de libertad creativa, el primado del ser sobre el tener, la preeminencia del agape, la rehabilitación del papel nutricional de la tradición, la apertura a la trascendencia. En definitiva, una cultura que nos lleve a ser contemporáneos y a la altura de nuestra era, sin acomplejamientos posmodernos ni oscurantismos premodernos, de suerte que podamos abrir nuestra razón hasta el extremo de volver a preguntarnos por Dios como su raíz y fundamento. No simpatizo con los que escamotean la pregunta por Dios, y menos con los que parecen avergonzarse de la razón como vía de acceso a Dios, cuando se dice que «la fe no es propiamente racional, basta con que sea razonable».

Pero una forma de cultura connota una nueva forma de vida, una orientación renovada o reconfirmada de la praxis, donde a la dureza de la exigencia ética le acompaña el consuelo de la religión, como dice Emmnauel Levinas, y en la que mi familia y mi comunidad no sean raquíuticos conventículos a la defensiva, sino apertura al mundo, especialmente al de los pobres, al de los que son sal de la tierra, a los marginados, a los últimos, precisamente a los que no saben la Torá, a los del así llamado tercer mundo. No Europa, sino tercer mundo es el lugar de la praxis cristiana y de la cultura fidedigna, no el belicismo sino el desarme ya, aunque sea unilateral, no el de la milicia, sino el de la objeción de conciencia y la paideia de la no violencia activa, no el del dólar (*citius, fortius, altius*), sino el del hermano Francisco, el del evangelio. *Mirad cómo se aman*, será el resultado de la cultura que aspire a fidedigna. De lo contrario ¿de qué nos quejamos, amigos? ¿Cómo podríamos reivindicar para nosotros la condición de maestros con minúscula, si no apostamos con nuestro pecho la convicción con que coqueteamos con nuestro erebro?

Ponga, pues, adá cual el dedo en su llaga, y pregúntese qué puede contar que está haciendo para narrar experiencialmente lo fidedigno que le mueve.

Mientras tanto, y aunque sea *corriente arriba*, creyendo desde la increencia ambiente, he aquí aquella apologética que sin soberbia reclama su lugar al sol, y que busca el entusiasmo perdido de la iglesia primitiva, aquello en lo que nos parece necesario creer y por lo que hay que apostar: Ya, ahora, que mañana es tarde.

IV: IMPERATIVOS DE UNA CULTURA FIDEDIGNA

1.—*Imperativo de la naturalidad*: Al adagio estoico «vivir según la naturaleza es vivir según la razón», que es por cierto falso e incompleto, no puede sin embargo contraponérsele el otro sofisticado por el cual «vivir contra la naturaleza es vivir conforme a la cultura, vivir contra la cultura, es vivir conforme a la naturaleza», pues la naturaleza es madre que ha de ser respetada, pero también corregida por unos hijos racionales, que a su vez tienen hijos, de modo que el saber de la naturaleza exige ser complementado con el saber sobre la naturaleza, corrigiendo sus desajustes sin destruir en esa corrección. A la inconsecuencia del moderno blandocologismo, hay que oponer esto: Que el vivir en el saber cultural sea también un saber en el vivir vital, pues ambos son el saber vivir que es único.

2.—*Imperativo de la difusividad*: La cultura, como ha dicho Víctor García, permite al hombre sentirse hermano de sus semejantes; brota en él el sentimiento de solidaridad por el que se siente un continuador de la obra del antepasado, y espera que otros seguirán para reanudarla allí donde él la termine deseando sentirse sostenido en sus inquietudes por los que le rodearon, le rodean y le rodearán, lo que hará que frente a la injusticia proteste y luche.

3.—*Imperativo de la universalidad*: Para un ser que vive en profundidad todo es cultura, para el que vive en superficie todo es anécdota. El turista de manada busca en la fachada plateresca de la Universidad de Salamanca la rana encima de la calavera; el hombre culto se ensimisma en ese patio, junto a la estatua de Fray Luis de León. Pues bien, para el que vive en profundidad todo es cultura, y todas las culturas son cultura, hay una universalidad inter e intra-cultural, en cierto sentido un «difusionismo» cultural único y universal. Decimos «*único y universal*», y por lo tanto no exclusivo, siendo anticultural el monopolio que destierra las raíces plurales de cada etnia, cual es propio de la modernidad, con sus dos grandes culturas que van contra todas

las demás; decimos también «*intercultural*», frente al minifundismo pueblerino que por cultura sólo entiende la de su equipo, el Parajolillos del Jarama, al que prefiere frente al Manchester, lo cual es una reproducción, sólo que intensivo, del monocultivo extensivo de las superpotencias; decimos también «*intracultural*», con lo que rechazamos palmariamente la esquizofrenia cultural de las dos eternas Españas, sin voluntad de conciliación ni de aprendizaje, forma bárbara de desprecio que reúne todos los caracteres de la negación de la cultura; y decimos «*universal*» para dejar bien claro que las antropologías culturales al uso, inmersas en el detalle de la medición del adorno frontal fálico de tal o cual tribu amerindia, canonizando las trivialidades, y elevando a categoría el accidente, se obstina en no superar el particularismo, perdiéndose la oportunidad de aprender a conocer al hombre en los hombres, y a la cultura a través de las culturas. Frente a todo esto, imperativo de universalidad, porque el hombre se comunica a través de la variedad cultural, pero solamente en la medida en que es el hombre. Y es que *de hecho* es así, pues *en la práctica* todos vamos al Corte Inglés de cada país a por las cositas con las que luego vamos a pelearnos: es la modernidad, práctica, la que saca tajada práctica de la desavenencia y el particularismo cultural.

4.—*Imperativo de la felicidad*: «Una cultura contra la cual pueda lanzarse el gran argumento *ad hominem* de que no nos hace felices, es una cultura incompleta», decía Ortega. Mas ¿no habíamos reseñado antes el carácter insatisfactorio e insuficiente de toda cultura? Lo uno no quita lo otro, pues al hombre le es parigualmente inherente la insatisfacción y, dentro de ella, la felicidad, felicidad que, como el mismo Ortega reconoce en una nota a pie de página nada más afirmar lo anterior, no ha de confundirse en modo alguno con hedonismo. La madera de que está hecha la felicidad a través de la teoría es inefable para el que ha profundizado en ella, e insoportable para el que ha querido compararla en un saldo, o identificarla con un título, o repescarla en un lote de cursillos acelerados. Fue Aristóteles quien habló de la felicidad de la teoría, asegurando que es el placer máximo reservado a un mortal, por cuanto nos pone en contacto con lo mejor, nos eleva hacia lo superior, y no nos esclaviza en manos de nadie porque podemos gozarlo en nuestro interior.

5.—*Imperativo de la radicalidad*: «La cultura no es un sector, sino una función global de la vida personal» (Mounier), que tiene o exige también su «yo nouménico», es decir, que precisa partir de la convicción de que el hombre es sujeto, de que todas las

culturas tienen un sujeto, de que todas las canciones populares tienen un sujeto y un autor, y que ese autor debe hacer honor a su condición de *auctor*, de ser *que crece* y aumenta comunitaria e individualmente en los miles y miles de aspectos que la vida presenta. Tal es el imperativo de la radicalidad, porque en última instancia la raíz de toda cultura y de todas las culturas es el sujeto. El sujeto no sólo existe, sino que insiste en cada cultura, y por ello no puede ser un subsistema de la sociedad junto a los subsistemas de la economía y de lo político. Es evidente que esta concepción de la cultura se opone diametralmente a la del capitalismo para la que el hombre es sólo sujeto en cuanto consumidor, pero en todo lo demás es objeto.

6.—*Imperativo de la dinamicidad*: Para un ser que vive, la cultura es un proceso de crecimiento, el hombre es animal culturógenamente dinámico, para el cual co-nocer es co-nacer, incorporarse más y más a la existencia en cada momento de su caminar.

7.—*Imperativo de la deportividad*: No es posible ganar todas las carreras en la lucha frente a la ignorancia; hay que salir a jugar, sabiendo que la victoria está en la buena participación, sin prejuicios oscurantistas ni iluministas, sin el deslumbramiento ante una posible cultura panacea omniexplicativa, pero sin la terquedad de la instalación en la barbarie. Cultura mala o falsa es la que va tras la liebre resollando sin sospechar que puede ser una liebre mecánica, tan falsa o mala como la de signo contrario, que sólo cree en la liebre *ex machina*, sin dar crédito a que cuando menos se piensa salta la liebre de la realidad.

8.—*Imperativo de la trascendentalidad*: Hay en la realidad compleja del conocer un triple principio sin el cual el conocer no se mantiene; esa triplete tiene un nombre, clásico a partir de la metafísica tomista, el nombre de «trascendentales», aquellos aspectos en que toda la realidad coincide, a saber, la unidad, la verdad, la belleza. Estos atributos del ser, de alguna manera presentes en la realidad por el mero hecho de existir ella, no pueden sin merma del coonocer ser borrados de ésta. El esfuerzo de la cultura es ineludiblemente un esfuerzo por acercarse a la comprensión de lo uno/vero/bueno. Si no desemboca lo bello en lo bueno, si falta lo uno, entonces falta lo uno y lo otro, y todo se vuelve feo y malo. Si algún valor tiene la cultura es el poder cultivar también la bondad. Por cierto, este cultivo ha sido unilateralmente menospreciado, y así nos va.

9.—*Imperativo de la humanidad*: Cuando el hombre se hace mejor a través de la cultura, se hace más pobre, evoluciona, asciende, deja detrás el resto de la escala animal, pasa hacia la amistad, a hacerse miembro de un colectivo de hombres, y no bestia entre otras bestias. La cultura se reconoce en su capacidad de crear amistad: Una cultura enemistante y solipsista, sólo por un inmenso error que nos delata ha podido ser alguna vez considerada cultura».

10.—*Imperativo de la modestia*: Saber que no se sabe, saber que «la liberación es en el sujeto el *duro trabajo* contra la simple subjetividad del capricho, contra la inmediatez de las inclinaciones, contra la vanidad subjetiva de la sensación y el arbitrio de la ocurrencia». Reconocer ésto es también respetar la cultura del hombre.

Concluida la brillante conferencia, que hemos transcrito casi en su integridad, se abrió el diálogo que, si bien no incidió en los puntos claves del tema expuesto, sí sirvió para constatar que los profesores allí presentes están más que interesados en no perder el tren de la modernización cultural en sus respectivos ámbitos de enseñanza.

Salamanca estuvo representada en el I Congreso Nacional de Profesores Cristianos por D. Félix Díaz, D. Cecilio Bodego y D. Juan Miguel Moro. El día 22 de noviembre, a las 7,30 de la tarde, en el Obispado, se tendrá un encuentro, al que están invitados todos los profesores, en él se informará del desarrollo y conclusiones de dicho Congreso.

MOISÉS SÁNCHEZ RAMOS
Coordinador Diocesano para el Congreso

Secretaría General

ULTIMOS NOMBRAMIENTOS

- Asesor Religioso de la Junta de Conferencias de San Vicente de Paúl: D. Juan Pedro Navarro Navarro (1 abril 1984).
- D. Primitivo Fernández García, O.D. y D. Germán González Domingo, O.D.: Párrocos de Moriscos (cumulativamente) (24 julio 1984).
- Capellán del Monasterio de las MM. Ursulas de Salamanca: P. Dionisio Castillo Caballero, OFM Cap. (24 julio 1984).
- Capellán del Convento de MM. Carmelitas Descalzas de Ledesma: D. Esteban Gómez Alvarez (9 octubre 1984).

iglesia española

Conferencia Episcopal Española
Secretariado Comisión Episcopal de Pastoral

CONGRESO DE LA IGLESIA ESPAÑOLA SOBRE «EVANGELIZACIÓN Y HOMBRE DE HOY»

El Congreso sobre «*Evangelización y hombre de hoy*» no se concibe como un Sínodo para toda la Iglesia española, pero sí como una amplia y profunda reflexión promovida y asumida por la Conferencia Episcopal en la que participen distintos miembros del Pueblo de Dios, que aportarán sus intuiciones y experiencias de evangelización. En realidad, el Congreso es una acción *concreta* de notable importancia dentro del programa pastoral de la Conferencia Episcopal Española: «El servicio a la fe de nuestro pueblo». La oportunidad de su celebración viene determinada, entre otros motivos, porque la presente situación española requiere una intensa pastoral evangelizadora y misionera. De hecho, actualmente, la evangelización constituye la demanda y respuesta preferentes de muchas de nuestras diócesis.

En otoño de 1982, varios miembros de la Junta Nacional de la CONFER se hicieron la pregunta de si la vida religiosa respondía en España a la necesidad actual de evangelización. A través de varias reuniones y consultas llegaron a la conclusión de que era oportuna la celebración de un Congreso sobre Evangelización, pero que la realización del mismo debía ser compartida por sectores más amplios de la Iglesia española. El 29 de noviembre de 1982, previa información en privado a Mons. Fernando Sebastián, éste presentaba la iniciativa a la Comisión Permanente del Episcopado, la cual, en la reunión de diciembre del mismo año, designaba a la Comisión Episcopal de Pastoral para que con las Comisiones Episcopales de Apostolado Seglar, Enseñanza y Catequesis, Medios de Comunicación Social y Relaciones Interconfesionales, y con la CONFER masculina y femenina, empezase la organización del Congreso.

A partir de este visto bueno de la Comisión Permanente del Episcopado, se constituyó una Comisión Preparatoria provisional, formada por cinco Directores de Secretariados Episcopales, ocho religiosos y dos religiosas que, desde el 1 de febrero de

1983, hasta diciembre del mismo año, se reunió nueve veces. Dentro de este período, los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral trataron el tema en algunas de sus reuniones. También los vicarios de pastoral, en su IX Reunión general (mayo de 1983), dieron sus opiniones al respecto. De estos trabajos y aportaciones se dedujo la necesidad de celebrar unas Jornadas en las que se fijaran el carácter, objetivos y metodología del Congreso.

Estas Jornadas Preparatorias, celebradas los días 16 y 17 de 1983, resultaron decisivas de cara a continuar la preparación del Congreso. Sus participantes fueron: 4 obispos, 5 directores de Secretariados Episcopales, 4 miembros de la CONFER, 4 Vicarios de pastoral, 4 seglares, un experto teólogo y una secretaria. En ellas se constituyeron los tres Organismos siguientes:

- a) Comisión Preparatoria del Congreso, formada por los asistentes a estas Jornadas.
- b) Secretaría General del Congreso, compuesta por 15 miembros de la Comisión Preparatoria.
- c) Comité ejecutivo, constituido por 7 miembros de la Secretaría General.

El Congreso se encuentra ahora en la última parte de su preparación interna que ha consistido, principalmente, en la elaboración del proyecto del mismo. La última redacción de este proyecto será publicada después de que la estudien los Obispos de la Comisión Permanente del Episcopado en su reunión del 17-19 del próximo octubre.

Teniendo en cuenta la finalidad general del Congreso, éste pretende: hacer un diagnóstico de la realidad socio-político-cultural en que vivimos, como lugar en el que Dios se manifiesta; presentar experiencias de evangelización de las distintas diócesis de España; afrontar la revisión de las diferentes formas de evangelización; adaptar al hombre de hoy el mensaje cristiano; impulsar el estudio de los documentos eclesiales sobre evangelización, especialmente la «Evangelii Nuntiandi»; y abrir cauces, en la acción evangelizadora, a los laicos y movimientos apostólicos.

Las ponencias generales del Congreso serán cuatro, cuyos títulos son los siguientes:

- 1.^a «¿Qué es evangelizar hoy y aquí?»
- 2.^a «El hombre a evangelizar en la España actual».
- 3.^a «La Iglesia que evangeliza y que a su vez debe ser evangelizada, aquí y ahora».
- 4.^a «¿Qué exigencias tiene la evangelización en nuestra Iglesia y sociedad españolas?»

Cada una de estas ponencias generales, después de ser expuestas a la Asamblea General del Congreso, será aplicada y estudiada en los varios sectores diferenciados en que se agruparán los participantes. Estos sectores serán los siguientes:

- Cultura y medios de comunicación social.
- Masas populares y pueblo desatendido.
- Economía, trabajo y relaciones laborales.
- Campo político y social: justicia, derechos humanos paz...
- Mundo de la salud.
- Mundo de la marginación.
- Matrimonio y familia.
- Juventud.
- Educación y Enseñanza.

Como posibles fechas de celebración del Congreso se han señalado, en principio, las comprendidas entre los días 9 y 14 de setiembre de 1985.

Terminado el Congreso, que se celebrará en Madrid, se publicarán las ponencias, las comunicaciones, las experiencias presentadas y las propuestas o conclusiones, con el fin de ofrecer a los agentes de pastoral unos medios para seguir profundizando en el tema de la evangelización y una ayuda para dinamizar la acción evangelizadora de la Iglesia Española.

El Comité Ejecutivo del Congreso:

Joan BESTARD, Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral.

Celia SÁEZ, Secretaria del Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral.

Justo BERMEJO, Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar.

Alfredo M. PÉREZ, Secretario General de CONFER masculina.

Amparo GONZÁLEZ, Secretaria General de CONFER femenina.

Rafael SERRANO, seglar (presidente de HOAC).

Patricio HERRÁEZ, seglar.

Madrid, 14 de setiembre de 1984.

ESPERANDO DE NUEVO AL SANTO PADRE

El Papa visita de nuevo España el próximo 10 de octubre en viaje a la República de Santo Domingo. No es necesaria esta escala desde el punto de vista técnico. Pero el Papa tiene interés especial en pisar esta vez tierra española en su viaje a América. Fue invitado por nuestro Rey y por la Comisión permanente del Episcopado. Ésta doble invitación encontró bien dispuesto el ánimo de Juan Pablo II. El lugar elegido para esta interrupción de su vuelo a las islas de Santo Domingo y Puerto Rico es Zaragoza. ¿Por qué todo esto? ¿Qué quiere expresar el Papa con este gesto? Sin duda nos lo dirá él con toda claridad en el mensaje que dirija al pueblo español. Pero podemos adivinar algo de lo que él quiere comunicarnos.

El Papa guarda un recuerdo muy grato de su viaje por España en 1982. Nosotros recordamos por nuestra parte su presencia entre nosotros como un momento de renovación espiritual profunda de nuestra esperanza cristiana. La siembra de su palabra fue un programa de convivencia fraterna para todos los españoles y una llamada a todos los católicos al ejercicio decidido de su responsabilidad como creyentes y como ciudadanos. La Conferencia Episcopal, que venía preparando un plan de acción pastoral «al servicio de la fe de nuestro pueblo», tomó notas de los discursos y homilias del Papa, que fueron en todo momento palabra de aliento e impulso evangelizador.

Ahora, dos años después, aquellos proyectos inspiran de manera poco ruidosa pero sí fecunda, el trabajo de las comisiones episcopales, de las diócesis y del conjunto de instituciones de la Iglesia. Esta nueva visita del Papa puede ser la ocasión para preguntarnos qué hemos hecho estos dos años pasados y qué tenemos que hacer los años próximos.

En el viaje del próximo octubre destacará la nota de la evangelización. El Papa quiere conmemorar el comienzo de la evangelización de América. De este modo se inicia la celebración del V centenario del descubrimiento de América. Con el descubrimiento se abre una de las grandes etapas en la realización geográfica de la catolicidad constitutiva de la Iglesia. La implantación de la Iglesia católica en el continente americano es uno de los más importantes acontecimientos de la historia de la humanidad. No se trata de dar una valoración positiva, con criterios de hoy, sobre todo cuanto hicieron en América los misioneros y los Pastores de la Iglesia hasta nuestro tiempo. Pero no sería justo guardar silencio sobre los bienes de todo orden que la co-

municación de la fe cristiana ha supuesto para América. El respeto a la verdad histórica obliga a mencionar el nombre de España en la empresa evangelizadora. Algunos desearían olvidarlo. Pero el Santo Padre demostró en su viaje a nuestro país, en 1982, su libertad de espíritu para afirmar con toda sencillez esta gloria de la historia de España, que es, al mismo tiempo, en muchos aspectos historia de la Iglesia. Este pasado de nuestra relación con América contribuyó a que fraguara nuestra identidad como pueblo y es uno de los puntos de apoyo para construir nuestro futuro. La breve visita del Papa debe ayudar a la Iglesia de Dios en España a renovar su responsabilidad misionera hacia todos los horizontes, dentro y fuera de España, urgida por el mandato de Jesús de anunciar el Evangelio a todos los pueblos. Con humildad, con caridad, con entrega sacrificada, con actitud de servicio, según las orientaciones del Concilio Vaticano II.

Hay un aspecto de la acción evangelizadora de la Iglesia que el Papa lleva en lo más hondo de su corazón de creyente y de apóstol: la Virgen María. Esta es la razón de su deseo de postarse de nuevo ante la Virgen del Pilar. El Papa Pablo VI llamó a María «Estrella de la evangelización». Juan Pablo II ha dicho muchas veces y con fórmulas variadas que «María debe encontrarse en todas las vías de la vida cotidiana de la Iglesia» (*Redemptor hominis*, 22).

En Zaragoza pronunció estas significativas palabras: «El amor mariano ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad. Impulsó a las gentes de España a una devoción firme y a la defensa intrépida de las grandezas de María, sobre todo en su Inmaculada Concepción. En ello porfiaban el pueblo, los gremios, cofradías y claustros universitarios, como los de esta ciudad, de Barcelona, Alcalá, Salamanca, Granada, Baeza, Toledo, Santiago y otros. Y es lo que impulsó además a trasplantar la devoción mariana al Nuevo Mundo descubierto por España, que de ella sabe haberla recibido y que tan viva la mantiene». «Tal hecho —añade el Papa— suscita aquí, en el Pilar, ecos de comunión profunda ante la Patrona de la Hispanidad. Me complace recordarlo hoy, a diez años de distancia del V centenario del descubrimiento y evangelización de América. Una cita a la que la Iglesia no puede faltar».

ELÍAS YANES ALVAREZ
Arzobispo de Zaragoza (España)

CRISIS ECONOMICA Y RESPONSABILIDAD MORAL

1. Marco de referencia

La Comisión Episcopal de Pastoral Social acaba de hacer público un documento de reflexión moral sobre la «crisis económica». La reflexión episcopal tiene como punto de referencia un hecho y dos exigencias. El hecho consiste en que «España es hoy más pobre que hace diez años en una proporción aproximada al 20 %... y las diferencias entre ricos y pobres son mayores que entonces».

Este hecho real —según la CEPS— implica una doble exigencia: «que todos los españoles aceptemos la realidad de la crisis económica como un *signo de los tiempos*», y que «un Estado como el nuestro, cuya Constitución establece que: «los poderes públicos promoverán las condiciones favorables para el progreso social y económico y para una distribución de la renta regional y personal más equitativa» tiene la obligación moral de elevar el nivel y la calidad de vida de los más pobres.

2. Toma de conciencia y cambio de actitudes

A juicio de la CEPS esa doble exigencia obliga a todos a dos cosas:

- a) «a una toma de conciencia sobre la gravedad de los problemas planteados por la crisis económica»; y
- b) «a un cambio de las actitudes insolidarias».

Entre los problemas más graves que tenemos planteados, los Obispos ponen de relieve: «la existencia de más de 2.500.000 personas en paro involuntario... Cerca de un millón en búsqueda del primer empleo y sin encontrar un sitio en la sociedad y en la vida... 450.000 ancianos que viven en la más absoluta pobreza... Casi 2.000.000 de familias campesinas que se han ido empobreciendo... La disminución real en 1984 de las pensiones más bajas... La existencia de zonas o ciudades enteras que por imperativo de la reconversión industrial se ven abocadas a una muerte económica lenta, como Sagunto, Cádiz, Vigo, Ferrol, Alaveaga, etc. Y el elevado déficit público que está siendo ya muy superior al billón de pesetas...».

La CEPS opina que se debe acabar con la «postura demasiado fácil y cómoda de seguir echando sobre los demás la respon-

sabilidad de las presentes desigualdades injustas» y eliminar estas dos actitudes insolidarias: «la de los que han optado conscientemente por *ignorar la realidad de la crisis económica y sus efectos...*, y la de quienes prefieren *seguir trasladando al propio Estado* los efectos de la crisis..., como si los déficits públicos no tuvieran nada que ver con ellos y como si en economía el endeudamiento y empobrecimiento de un país no tuviera nada que ver con el empobrecimiento de sus ciudadanos».

3. *Creación de empleo y obligación moral de invertir*

Por lo que se refiere a la creación de empleo, el documento episcopal afirma «que la creación de puestos de trabajo no es solamente un objetivo prioritario, sino una *obligación moral* de todo el conjunto social», porque «España no puede por más tiempo permitirse un despilfarro como el que suponen tantos hombres y mujeres inactivos...» y porque «los frutos amargos del paro como la frustración, humillación, depresividad..., droga, delincuencia y crisis familiares, son en muchos casos ya irreparables».

Ante el hecho comprobado del descenso de las inversiones, la Comisión Episcopal de Pastoral Social hace un llamamiento a los hombres de empresa: «Dejadnos decir que tenéis una seria obligación moral de invertir, pues, hoy cobra plena actualidad aquella exhortación de hace treinta años: *quienes pueden invertir capital consideren, en vista del bien común, si pueden conciliar con su conciencia el no hacer tales inversiones y retirarse por vana cautela*».

A renglón seguido recuerdan al Gobierno el compromiso de su programa económico: «de que la inversión privada pueda ser la determinante en el volumen de la creación de empleo y de que para ello propondrá un plan concertado que elimine incertidumbres de tipo institucional y de política económica».

4. *Redistribución justa del trabajo y de la renta*

Los Obispos de la CEPS reconocen que el trabajo, en buena parte por los cambios tecnológicos, «se está convirtiendo en un bien escaso. De ahí la obligación moral de ir elaborando una política redistributiva del trabajo más justa», que comienza por eliminar «el pluriempleo y las horas extraordinarias, quienquiera que las tenga, salvo en los casos muy extraordinarios previstos en la legislación vigente».

Mientras llega la reactivación económica —afirma el docu-

mento episcopal— «la ética más elemental dice que urge un reparto más equitativo de la renta nacional entre quienes tienen trabajo y quienes están en paro». Y una forma de ese reparto es el subsidio de paro que muchos no perciben, siendo así que «es una obligación grave que brota del derecho a la vida y a la subsistencia que tiene toda persona humana».

Lo que sucede y reconocen los Obispos con gran realismo «es que el propio Estado no puede cumplir con esa obligación moral de prestar un subsidio de desempleo a todos los sin trabajo, mientras en España existan bolsas de fraude fiscal y sociolaboral que en 1984 superan el billón largo de pesetas».

Comentando este hecho la CEPS no duda lo más mínimo en hacer dos confesiones que pueden ser muy significativas por la novedad que suponen en este tipo de documentos. Por una parte, los Obispos confiesan «que les resulta sencillamente escandaloso el tener que oír de las autoridades gubernativas que todavía en nuestro país uno de cada cuatro ciudadanos con obligación de tributar por el impuesto sobre la renta no declara a la Hacienda...» y por otra parte, reconocen que «es posible que la propia Iglesia y su magisterio social tengan su parte de responsabilidad en que todavía hoy exista en España una conciencia fiscal excesivamente laxa».

A continuación se reiteran en sus pronunciamientos anteriores en esta materia y nos exhortan a «luchar eficazmente por eliminar el ingente fraude a la Seguridad Social, en la percepción, fraudulenta del seguro de desempleo, con ocasión de la invalidez permanente, etc., que revelan una gran corrupción moral».

5. Criterios éticos fundamentales

Después de dejar constancia de que las medidas técnicas, económicas y políticas para salir de la crisis corresponde adoptarlas al Gobierno y a las instituciones públicas y privadas, los Obispos señalan algunos criterios morales a tener en cuenta, tales como:

a) *el reparto justo de los costos sociales*, «porque nunca puede equipararse, por ejemplo, la pérdida del puesto de trabajo y la subsiguiente obreza y sacrificios familiares, con la pérdida o disminución de los beneficios empresariales».

b) *la solidaridad efectiva con los parados y pensionistas*, porque hoy «no basta la solidaridad de los hombres del trabajo *entre sí* y la solidaridad *con* los hombres del trabajo, sino que es necesaria además la solidaridad efectiva con los pobres *sin tra-*

bajo, tanto los que se encuentran en paro, como los que han dejado de trabajar y tienen pensiones muy bajas».

c) *la negociación leal y honesta*, porque cuando «existen millones de personas en paro o que son pensionistas y que no pueden ejercitar su derecho al trabajo, a un subsidio de paro y a pensiones dignas, parece injusto por insolidario el provocar huelgas tendentes sólo a conseguir mayores salarios para los que tienen trabajo y que agravan aún más la situación de los parados y jubilados».

d) *la participación real en la política económica*, porque la experiencia enseña que en la actual situación es urgente «una mayor participación de todas las fuerzas sociales en las grandes decisiones económicas y que se ha de intentar por otras vías, como pueden ser la formalización de una verdadera *concertación* o de un auténtico *acuerdo económico social* al que todos deben estar abiertos en principio».

6. *Compromisos de la Iglesia*

El Documento sobre «Crisis Económica y Responsabilidad Moral» termina con una llamada a todos los cristianos para que se comprometan en la acción diaria, pero son los mismos Obispos los que públicamente se comprometen:

- «... a fomentar una escala de valores en la que el *ser más* prevalezca sobre el *tener más*, porque estamos convencidos de que el hombre vale más por lo que es que por lo que tiene».
- «a seguir predicando la esperanza cristiana... como un principio de vida, de ilusión y de optimismo..., que se traduzca en el impulso de nuevos movimientos de solidaridad y de realización de la justicia social».
- «a continuar el apoyo moral a todas las medidas que tienden a resolver la crisis económica, como son: la moderación salarial, la eliminación del pluriempleo ilegal, la disminución del gasto público, a erradicación del fraude, etc.».
- «a iluminar desde el Evangelio y la reflexión ético-moral el comportamiento de no pocos cristianos dominados por el consumismo, fomentando el ahorro, la austeridad y el trabajo disciplinado y bien hecho, para salir con el esfuerzo de todos de la situación de deterioro económico y del desencanto colectivo ante el futuro».

«Si los cristianos —concluye el Documento— queremos vivir de acuerdo con el ejemplo y las enseñanzas de Jesucristo, debemos estar presentes allí donde lo exige la degradación de los hombres sin trabajo o sin unas pensiones y atenciones sanitarias dignas que la sociedad tiene obligación de garantizar a todos sin excepción. Nadie debe aventajarnos en la defensa de la justicia, en la solidaridad con los que sufren y en el desarrollo de unas actitudes de fraternidad verdadera y eficaz, que van más allá de cualquier ideología y de los mejores modelos científicos».

(b) La participación real en la política económica porque la experiencia enseña que en la actual situación es urgente una mayor participación de todas las fuerzas sociales en las grandes decisiones económicas y que se ha de luchar por otras vías, como pueden ser la formación de una verdadera concepción o de un auténtico contrato social al que todos deben estar sujetos en principio».

6. Compromisos de la Iglesia

El Documento sobre «Crisis Económica y Responsabilidad Moral» termina con una llamada a todos los cristianos para que se comprometan en la acción diaria, pero con los mismos ODS por los que públicamente se comprometen:

«... a fomentar una escala de valores en la que el ser humano prevalece sobre el tener más, porque estamos convencidos de que el hombre vale más por lo que es que por lo que tiene».

«... a seguir predicando la esperanza cristiana... como un principio de vida de ilusión y de optimismo... que se traduzca en el impulso de nuevas movilizaciones de solidaridad y de realización de la justicia social».

«... a continuar el apoyo moral a todas las medidas que permitan a resolver la crisis económica, como son: la moderación salarial, la eliminación del pluscuádruple legal, la disminución del gasto público, a creación del trabajo, etc.»

«... a iluminar desde el Evangelio y la reflexión bíblico-moral el comportamiento de no pocos cristianos dominados por el consumismo fomentando el ahorro, la austeridad y el trabajo disciplinado y bien hecho, para salir con el espíritu de todos de la situación de deterioro económico y del desencanto colectivo ante el futuro».

santa sede

TEOLOGIA DE LA LIBERACION

RESUMEN DEL DOCUMENTO

I. Con los términos «teología de la liberación» se designa un movimiento teológico y pastoral que, partiendo de América Latina, se ha extendido ya por largos sectores de la Iglesia en todas las regiones del Tercer Mundo. Son muchos los sacerdotes, religiosos, religiosas y colaboradores pastorales que se inspiran en el mismo, sin ser siempre capaces de precisar bien su contenido. Han dado origen a este movimiento algunos teólogos que han puesto en circulación un conjunto de ideas ruinosas para la fe. Esta es la razón que hace necesaria una clarificación por parte del Magisterio.

II. El documento, preparado para ello, distingue entre la *aspiración* de los pueblos pobres a condiciones de vida económicas, sociales y políticas que estén conformes con la dignidad de la persona humana y las *expresiones teológicas* que se dan a esta aspiración. La aspiración es en sí misma legítima y constituye un *signo de los tiempos* característico de nuestra época. En cuanto a las expresiones, algunas son auténticas, otras ambiguas y otras, en fin, representan un grave peligro para la fe y para la vida teológica y moral de los cristianos. La «teología de la liberación» abarca estas diversas formas, sin que sea siempre posible trazar entre ellas líneas de demarcación bien definidas. Tanto más que esta teología se presenta, ciertamente en libros y artículos de revistas, pero también en periódicos, en hojas y en la «teología de la liberación» se puede entender en un sentido plepredicación, donde frecuentemente queda reducida a fórmulas simplificadoras. Por esta razón, el documento no contiene ninguna cita directa sacadas de obras importantes sobre la materia. Hacerlo sería dar a algunos, no explícitamente citados, el pretexto de decir que a ellos no les afecta el documento.

III. Ha parecido necesario que el documento aborde el problema de forma positiva. Efectivamente, *la liberación* es un tema cristiano que se basa sobre fundamentos bíblicos, en el Antiguo

y en el Nuevo Testamento. Hay una libertad específica del cristiano (cf. Gál 5, 1 ss.). Cristo es nuestro Liberador. El nos ha liberado del pecado y de la servidumbre de la ley y de la carne, características de la condición del hombre pecador. Así, pues, la namente positivo, con tal de que designe el acento puesto sobre ciertos aspectos del Misterio y sobre sus consecuencias pastorales, y no que sustituya a la teología del Misterio.

En documentos recientes, el Magisterio se ha pronunciado repetidas veces en este sentido. El discurso del Santo Padre en Puebla trazó las coordenadas de toda teología de la liberación auténtica: *Verdad sobre Jesucristo, Verdad sobre la Iglesia, Verdad sobre el hombre*. En esta perspectiva, la *opción preferencial por los pobres* recibe su verdadera significación, que es evangélica y resulta plenamente legítima.

IV. Precisamente en nombre de esta opción, interpretada de una forma gravemente desviada, ciertos teólogos han difundido los errores, ruinosos para la fe, sobre los que el documento se propone llamar la atención de los Pastores y fieles.

En la base de dichos errores está la voluntad de luchar eficazmente contra la miseria del pueblo, y la idea, justa en sí misma, de que un diagnóstico, científicamente planteado de las causas de la miseria, es una condición primordial para la eficacia.

El error aparece cuando, sin examen crítico, se identifica ese análisis científico con «el análisis marxista». No se tiene en cuenta de hecho que éste depende intrínsecamente de premisas ideológicas incompatibles con la fe cristiana. Así se queda encerrado en una lógica de ideas que desembocan necesariamente, sean o no plenamente conscientes de ello los autores, en la perversión del cristianismo.

El documento pone de relieve un cierto número de estas premisas ideológicas.

a) La primera, que domina luego todo el camino, es la nueva concepción de la *verdad*. En el marxismo, el análisis científico está ligado a la *praxis*, la cual depende así mismo de una concepción de la *historia*, cuyo motor es la *lucha de clases*. A partir de ahí la conciencia verdadera es una conciencia partidaria. Sólo hay verdad en y para la *praxis* revolucionaria. Mediante adaptaciones de lenguaje, las teologías de la liberación radicales adoptan una concepción semejante de la verdad, marcada por el relativismo y el primado de la acción.

- b) La lucha de clases se presenta como la ley objetiva fundamental de la historia. El concepto de historia es uno de los conceptos-claves de las nuevas teologías de la liberación directamente influenciadas por los temas marxistas de los cuales no ha sabido hacer una crítica teológica. En consecuencia, estas teologías se ven arrastradas hacia un inmanentismo y un historicismo que afectan incluso a la noción misma de Dios. Se llega a afirmar así, que no hay más que «una sola historia», rechazando la distinción entre historia de la salvación e historia profana. Todavía más, se afirma que Dios se ha hecho historia. De esta forma se tiende a divinizar la historia, así como el combate que se pretende entablar en su nombre. Por lo mismo, todo se reduce a criterios políticos.
- c) En la perspectiva de lo que hemos dicho, expresiones como *Iglesia de los pobres* o *Iglesia del pueblo* vienen a significar: *Iglesia de clase*. Así, se niega la unidad de la Iglesia que tiene su fuente en la gracia de Cristo. ¿No se ha llegado a escribir que no tiene sentido para los cristianos separados por la lucha de clases participar en la misma Mesa Eucarística? Y en términos de división de clases se desacredita, por adelantado, las tomas de posición de la jerarquía.

V. La influencia de la concepción marxista aparece también en la forma de comprender la teología y la metodología que le es propia.

- a) El criterio de la ortodoxia se sustituye con el de la ortopraxis. Dicho de otra forma, el compromiso en la lucha por la liberación de los pobres, en el sentido marxista en que se entiende, pasa a ser la nueva regla de fe.
- b) La hermenéutica que se adopta es la correspondiente a las premisas recordadas. La lectura de la Escritura es esencialmente, y con frecuencia exclusivamente, una lectura política. Se interpretan así el *Exodo* y el *Magnificat*. La novedad radical del Nuevo Testamento queda de esta forma cancelada.
- c) Se acepta, también sin ninguna crítica teológica, la oposición hecha por la exégesis racionalista entre el «Jesús de la historia» y el «Jesús de la fe». Y así mismo se interpreta en sentido político la muerte de Cristo, negando de esta forma su valor redentor universal. Y aunque se conserva el carácter literal de las profesiones de fe, se les atribuye

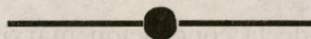
un significado diferente. Se las rebaja al rango de símbolos de la lucha de los pobres por la liberación.

d) Los sacramentos se convierten igualmente en simples símbolos de la lucha del pueblo por su liberación.

VI. En la conclusión, se indica en qué sentido se debe realizar un enderezamiento urgente ante un movimiento que, aunque sea con la intención de servir a los pobres, no puede dejar de llevarles una nueva miseria —la miseria espiritual de la pérdida de la fe—, y conducirles a nuevas servidumbres.

Es necesario proclamar la Buena Nueva, fuente de alegría, claramente y en su integridad. Este es aquí el imperativo mayor de la catequesis.

Importa mucho también restaurar el sentido de la ética y del valor absoluto y trascendente de la distinción entre el bien y el mal, como es necesario poner también de relieve la significación de una liberación del pecado cuya fuente se encuentra en el don del Espíritu Santo. Porque la concepción totalmente politizada del Cristianismo, a la que conducen estas teologías, deja sin contenido los misterios de la fe y la moral cristiana.



LA PAZ Y LOS JOVENES CAMINAN JUNTOS

(Tema para la XVIII Jornada Mundial de la Paz)

El Santo Padre ha escogido como argumento para la XVIII Jornada mundial de la Paz —que se celebrará el 1 de enero de 1985— el tema de la juventud y la paz, expresado con el lema:

La paz y los jóvenes caminan juntos.

Con este lema no se quiere ni privilegiar ni excluir ninguna categoría de personas, sino recordar que todos están llamados a ser portadores y agentes de paz en el mundo. Sin embargo, los jóvenes pueden contribuir de modo particular con sus fuerzas, sus energías y su generosidad no sólo a hacer más fácil el camino hacia la paz, sino también a caminar juntos hacia ella.

Los hechos o circunstancias concretas hacen además actual esta elección. El primero, de orden eclesial, se basa en las grandes manifestaciones de los jóvenes, que se han registrado en Roma durante el Año Santo de la Redención, así como en los diversos países con ocasión de las visitas del Santo Padre: estas manifestaciones se han caracterizado en todas partes por una singular sensibilidad hacia la paz. El segundo, es más bien de naturaleza internacional: es sabido que el 1985 ha sido proclamado por la ONU como el «Año Internacional de la Juventud», con referencia también al tema de la «paz».

Además de ser de actualidad internacional, el tema propone de nuevo toda una catequesis a la que el Papa se ha referido a menudo: la necesidad de que los jóvenes se comprometan a construir un mundo de paz, no sólo a nivel de Iglesia particular, sino también de Iglesia universal.

Dice el Profeta Isaías: «¡Qué hermosos son... / los pies del mensajero / que anuncia la paz!» (Is. 52, 7).

Si esta expresión es verdadera para todos los agentes de paz, lo es particularmente para los jóvenes. En efecto, es bien conocida la gran importancia que ellos tienen para el desarrollo de la sociedad del mañana. Por eso, los jóvenes fueron definidos por los antiguos romanos «*seminarium rei publicae*». Ellos, sensibles como son a los grandes valores de la fraternidad, amistad y solidaridad, rechazan cualquier forma de injusticia que turbe la paz social.

Esta sensibilidad juvenil hacia los problemas de la paz y del desarme expresa claramente una cierta connaturalidad del binomio «paz-juventud», pero comporta también una grave responsabilidad por la sociedad. Los jóvenes son los primeros a los que se obliga a empuñar las armas; en algunos Estados con régimen dictatorial ellos son los primeros a los que se adoctrina y manipula en orden a la violencia y a la guerra.

Para encaminarlos por la vía de la paz es necesario que la sociedad les haga ser conscientes de esta gran incumbencia suya, que es a la vez un compromiso y un programa para compartir. En efecto, la paz tiene sus raíces en la «caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gál. 5, 22).

Para caminar juntos hacia la paz, es necesaria una educación de la juventud que se base sobre un conocimiento interior de estas virtudes, sobre una verdadera formación en el respeto de los demás, en el sentido de la justicia en la verdad, en la libertad

auténtica, en el respeto a la vida y a las instituciones, en la grandeza del perdón, en el amor a la paz, sin sombra algun de paternalismo.

¡Sí! La paz y los jóvenes caminan juntos, porque sin la juventud no se construye la paz. Pero la paz interpela a todos, en primer lugar la conciencia de los hombres maduros. Sería un error hablar de los jóvenes y de sus responsabilidades ante la paz prescindiendo de los adultos, porque la juventud es siempre una relación «parte-todo», y camina con la sociedad a la que pertenece.

—

Además de ser de hecho, un ideal, el tema propone de nuevo toda una reflexión sobre el tema de la paz y de sus relaciones con la conciencia de los jóvenes y con su participación en la construcción de una paz más humana y más justa.

Dice el Profeta Isaias: «Los jóvenes son... los pies del mensajero y que anuncia la paz» (Is. 52, 7).

Si esta expresión es verdadera para todos los siglos de paz, lo es particularmente para los jóvenes. En efecto, es bien conocido que la gran importancia que ellos tienen para el desarrollo de la sociedad del mañana. Los jóvenes tienen definidos por los valores humanos y morales que los caracterizan. Ellos, como los grandes valores de la fraternidad, amistad y solidaridad, hacen cualquier forma de fraternidad que surge de la paz social.

Esta sensibilidad juvenil hacia los problemas de la paz y del desarrollo expresa el anhelo de una convivencia más justa y más humana. Pero también expresa una grave responsabilidad por la sociedad. Los jóvenes con los primeros años que les obliga a cumplir las armas, en algunos Estados con régimen distorsionados son los primeros a los que se aborrecen y matan en orden a la violencia y a la guerra.

Para que podamos por lo tanto de la paz es necesario que la sociedad sea consciente de esta gran importancia y que se abra a la voz de los jóvenes y no solamente para compartir. En efecto, la paz humana surge en la conciencia como un compromiso de humanidad, de fraternidad, de solidaridad, de justicia y de paz.

Para caminar juntos hacia la paz es necesaria una educación de la juventud que se base sobre un conocimiento interior de los valores que son la verdadera formación en el respeto de los demás, en el sentido de la justicia en la verdad, en la libertad

C. E. L. A. I. M.

V CENTENARIO DE LA EVANGELIZACION EN AMERICA LATINA (Documento del CELAM)

Quinientos años son apenas un cuadrante en la historia dos veces milenaria de la Iglesia de Cristo, pero designan una época que, comenzando con el descubrimiento de América, nos envuelve en la variedad y multitud de sus acontecimientos y se abre hacia el futuro con interrogantes y esperanzas que se ofrecen a los hombres que en la hora actual tenemos la responsabilidad de preparar el advenimiento del tercer milenio.

Al lado de otros hechos que terminaron al final de la Edad Media, el descubrimiento del Nuevo Mundo constituyó para la humanidad de entonces, especialmente para Europa, el surgimiento de una realidad nueva e inesperada que sirvió de contrapeso a los trágicos sucesos que destruyeron de una vez por todas la figura del mundo heredada de la antigüedad.

El hombre del Renacimiento, agitado por ideas y aspiraciones nuevas, sintió que aún su espacio geográfico era estrecho para las ambiciones que lo impulsaban hacia otros rumbos, y encontró que las rutas trazadas por viajeros y navegantes lo llamaban a explorar horizontes que ensancharan un mundo que ya no era capaz de contener la magnitud de sus proyectos y necesidades.

La tierra descubierta por Colón al otro lado del «mare tenebrarum», una vez despejado el engaño de que fuera el extremo no conocido de las Indias Orientales, pronto adquirió identidad y nombre propios para comenzar a integrarse a la civilización y para ofrecer a la humanidad la vasta extensión de sus territorios, la variedad de sus razas y la incalculable riqueza de sus productos.

Con el descubrimiento de América los hombres adquirieron por fin plena conciencia de la figura y las dimensiones del planeta que habitan y se hallaron por primera vez en posesión total de ese bien único y fundamental que es la tierra que pisan.

La empresa del descubrimiento, la conquista y colonización de América —para designar esas etapas históricas con las palabras tradicionales— fue obra de un mundo en que el nombre de cristiandad todavía encerraba un contenido real. Los pueblos europeos llegaron a América con una herencia cristiana que ha-

cia parte constitutiva de su ser, de tal manera que la obra evangelizadora comenzó sin demora desde el momento mismo en que Colón tomó posesión de las nuevas tierras en nombre de los reyes de España.

La presencia y la acción de la Iglesia en estas tierras, a lo largo de quinientos años, son un ejemplo admirable de abnegación y perseverancia, que no requieren de ningún argumento apologetico para ser debidamente ponderadas. A pesar de que los prejuicios políticos de otras épocas y los ideológicos de la actual se han esforzado por crear una leyenda negra en torno a la historia de la Iglesia en América, por encima de esas polémicas, la fe nos invita a ver en esa realidad un hecho verdaderamente salvífico.

Para la Iglesia de Cristo, la evangelización del Nuevo Mundo significó una tarea de proporciones y características hasta entonces desconocidas, que la enfrentaron a la necesidad de crear métodos nuevos y, sobre todo, de apoyar su acción en doctrinas que requirieron un espléndido esfuerzo de reflexión teológica y jurídica. Podría decirse que, en la evangelización de América, tuvieron tanta importancia las lecciones de fray Francisco de Vitoria sobre el derecho de gentes en su cátedra de Salamanca como la predicación de fray Bartolomé de las Casas o de fray Antonio de Montesinos contra los abusos de los conquistadores.

El humilde apostolado del misionero y del cura doctrinero dio origen en breve tiempo a una cristiandad firmemente establecida que, para la segunda mitad del siglo XVI, se encontró ya en capacidad de aplicar a su propia realidad los decretos del Concilio de Trento, incorporándose en esa forma a los tiempos nuevos de la Iglesia. Los concilios provinciales de ese entonces, celebrados en diversas sedes metropolitanas del dilatado territorio, dan prueba de una actividad eclesial verdaderamente notable.

Egregio testimonio de la vitalidad y fecundidad de esa joven Iglesia es la aparición de almas santas que irradiaron la gracia de sus virtudes heroicas en el ejercicio del ministerio episcopal, en las penalidades del trabajo misionero o desde la vida penitente de la celda conventual.

Sobre esa base de esfuerzo y perseverancia se construyó la Iglesia de América Latina que más adelante, cuando esas naciones se independizaron de la metrópoli, pudo pensarse que se iba a derrumbar con las instituciones de la época colonial. Sin embargo, la fe de los pueblos latinoamericanos estaba para entonces tan firmemente arraigada que, a pesar de crisis y vicisitudes de diverso orden, se consolidó en las nuevas repúblicas con fuerza

creciente que atraviesa nuestra época y la impulsa hacia el futuro.

Simultáneamente, la formación de las naciones de América del Norte ofrecía tanto al catolicismo como a otras confesiones cristianas un espacio abierto en que los creyentes de muchos países europeos encontraban, para profesar y practicar su fe, la libertad que se les limitaba o se les negaba en sus lugares de origen por razón de conflictos políticos o religiosos. Para los hombres de distintas razas y credos, América entera ha sido puerta hospitalaria y hogar acogedor, como corresponde a una tierra profundamente impregnada por la caridad de Cristo.

La celebración de estos cinco siglos del descubrimiento y la evangelización de América, que queremos preparar con años de anticipación, significa tanto el reconocimiento agradecido a quienes implantaron y transmitieron la fe en este continente, como el compromiso de matener y aumentar esta insigne herencia.

La historia reciente de la Iglesia en América la presenta cada vez más consciente de sí misma y en busca de medios adecuados para cumplir su misión.

El número de sus fieles es ya casi la mitad de los católicos del mundo entero, y las proyecciones permiten prever que esta proporción aumentará notablemente en breves años.

Pero además hay que decir que los quinientos años del descubrimiento llaman la atención del mundo sobre los problemas internos del continente y sobre las relaciones de éste con las demás naciones de la tierra.

La polarización Norte-Sur, que ha sido objeto de tantas preocupaciones e investigaciones en el terreno de las relaciones internacionales, da origen en América a dificultades y situaciones críticas que, hasta el presente, no han encontrado fórmulas estables y satisfactorias de solución. La Iglesia de América Latina ha examinado a fondo este tema y lo ha convertido en programa de acción pastoral al asumir la «opción preferencial por los pobres», proclamándola como una consigna significativa no sólo para los países latinoamericanos sino para todas las naciones ricas de la tierra, haciendo suya la voz de tantos otros pueblos que se debaten en condiciones de necesidad aún más extrema.

América es una tierra en que la libertad aspira a significar más que la simple ausencia de cadenas y en donde el hombre reclama con firmeza que se dé reconocimiento a su dignidad, premio a su paciencia y satisfacción a sus derechos. Esta justa aspiración humana, que coincide con principios básicos del Evangelio, debería servir de motivo para que el mundo en su totalidad universal mientras no se dé respuesta al inmenso clamor de jus-

se dé cuenta de lo ilusorias que son las tentativas hacia la paz ticia que levanta más de media humanidad. Es lo que la Iglesia ha proclamado insistentemente en su deseo de salvar a los hombres de catástrofes previsibles, cuando les dice que no podrá haber paz sin justicia.

América, como los demás continentes, es un concepto geográfico que encierra realidades humanas y socio-políticas enormemente distintas. Esta diferencia se manifiesta no sólo en el desigual desarrollo de los países del norte comparados con los del sur, sino en las características propias de cada una de las nacionalidades.

La común tradición ibérica de América Latina no excusa el frecuente error de aplicar a esos pueblos una consideración simplista y unitaria, que parece ignorar la diversidad de derroteros que cada uno de ellos ha seguido en casi doscientos años de vida independiente. Pero esto no ha impedido que esas naciones, basándose en factores culturales comunes, hayan logrado mantener estrechos vínculos de cooperación en muchos campos de la actividad internacional.

En esta materia, la integración eclesial de América Latina, cristalizada en el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), ha significado un precedente verdaderamente ejemplar para organismos semejantes en otros continentes. Al afirmar que «la fe de la Iglesia ha sellado el alma de América Latina, constituyéndose matriz cultural del continente» (Discurso al CELAM, en Puerto Príncipe) el Papa Juan Pablo II pretendía indudablemente evocar un principio unificador para esas naciones, al mismo tiempo que dirigir un llamamiento de solidaridad hacia ellas de parte de los demás pueblos cristianos.

En el día de hoy esta invitación se extiende a todas las naciones para vincularlas a la celebración de los quinientos años del descubrimiento de América.

Este continente significó para el Viejo Mundo no sólo la novedad de sus productos y la riqueza con que cubrió de oro sus templos y palacios, sino principalmente una forma nueva de ver la vida, una tierra deseable que dio sustancia a las utopías del Renacimiento y de la ilustración y, desde el punto de vista cristiano, un espacio en que la fe encontró terreno propicio para germinar y arraigar con firmeza y para saltar de allí a mundos aún más nuevos.

Además de reconocer el papel decisivo que corresponde a América en la marcha del mundo y en el orden de las relaciones políticas y del progreso técnico, quisiéramos exhortar al conti-

nente entero a volver sobre la índole cristiana de su ser para que ahora, como en el día de su descubrimiento, proporcione optimismo y esperanza a un mundo conmovido por crisis y desequilibrios.

Esta sería la ocasión propicia para que la humanidad se volviera a encontrar en una especie de fiesta de familia con el fin de meditar y departir fraternalmente sobre su presente y su destino. La Iglesia católica se ofrece con sencillez a contribuir con todos sus recursos a la realización de este diálogo, que es una profesión de fe en la capacidad del hombre y en la providencia de Dios.

Terminamos repitiendo las palabras del Documento de Puebla: «En Jesucristo hemos descubierto la imagen del hombre nuevo (Col. 3, 10), con la que fuimos configurados por el bautismo y señalados por la confirmación, imagen también de lo que todo hombre está llamado a ser, fundamento último de su dignidad... En María hemos encontrado la figura concreta en que culmina toda liberación y santificación en la Iglesia. Estas figuras tienen que robustecer, hoy, los esfuerzos de los creyentes latinoamericanos en su lucha por la dignidad humana. Ante Cristo y María deben revalorizarse en América Latina los grandes rasgos de la verdadera imagen del hombre y de la mujer, fundamentalmente iguales, con un único destino que incluye el gozoso anuncio de su dignidad y que los convierte en evangelizados y evangelizadores en este Continente» (333-334).

Firman: monseñores Antonio Quarracino, Presidente del CELAM; Felipe Santiago Benítez Avalos, primer vicepresidente; Clemente José Carlos Isnard, O.S.B.; segundo vicepresidente; Hugo Polanco Brito, presidente del comité económico; Darío Castrillón Hoyos, secretario general.

noticiario

VIAJE DEL PAPA A ZARAGOZA

Caían de los altos montes las sombras cada vez más alargadas cuando se vio por primera vez el Boeing 747 «Monte Argentario», de Alitalia, en el que Su Santidad el Papa Juan Pablo II se dirigía rumbo a la República Dominicana y Puerto Rico con objeto de inaugurar la «novena de años» preparatoria del quinto centenario de la llegada del Evangelio al Nuevo Mundo de manos de misioneros españoles.

Y el Papa tuvo el gesto de agradecimiento a España por aquella labor misionera, deteniéndose en Zaragoza, junto a la Virgen del Pilar, «lugar de gran significación espiritual, que sostiene las creencias más profundas de nuestra comunidad y junto al cual ha crecido y vivido durante tantos siglos nuestro pueblo», como recordaba oportunamente el alcalde de Zaragoza en un bando dirigido a sus convecinos.

Y la población zaragozana y aragonesa y española respondieron también con gesto agradecido al singular privilegio de la visita papal: engalanaron casas, calles, avenidas, parques, y la ciudad se llenó de los colores del Papa, pancartas, pósters, alegría, canciones, temperatura veraniega... Zaragoza era una fiesta.

Quiso Juan Pablo II aprovechar los veinticinco minutos de adelanto que traía el avión para sobrevolar el Pilar. Y cuando descendió no besó tierra por ser éste su segundo viaje. En la placidez virgiliana de la tarde se escuchaban los golpes secos de las 21 salvas de ordenanza, los himnos pontificio y español y el ruido de fondo de los motores del avión. Mientras las autoridades

—Reyes, infantas, presidente del Gobierno, ministros, autoridades regionales— cumplimentaban al Papa, seguían afluyendo ríos de gente hacia las riberas del Ebro, donde a uno y otro lado iban a tener lugar sendos encuentros del Papa con las multitudes.

Zaragoza se había convertido, al menos por un día, en el corazón de España. Allí estaban las primeras autoridades civiles, militares y religiosas. Los obispos acompañaron al Papa en esta jornada misionera en que él quiso de una forma expresa agradecer a la Iglesia española el colosal esfuerzo de evangelización en el Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón y en que quiso también hacer una llamada exigente al pueblo español para que recapacite sobre su responsabilidad misionera y se comprometa a continuar la tarea generosa de sus antepasados.

Siete minutos de oración ante la Virgen

El Pilar era una fiesta. Y el Papa vino a multiplicar la fiesta. Cuando se acercó a la basílica, profusamente

adornada con flores blancas y amarillas —colores de la bandera vaticana—, se abrazó a la columna firme de la fe española y, sin prisa alguna, pese al retraso que —según la organización— ya se estaba produciendo, se postró durante siete minutos para orar en medio de un profundo silencio ante la Virgen del Pilar, que por expreso deseo suyo no lucía ninguno de los lujosos mantos que habitualmente cubren la columna. Era el encuentro cercano del Papa con la Virgen después de haberse dirigido a los padres de los misioneros que hoy imparten la buena noticia del Evangelio en tierras hispanoamericanas. Eran unos padres estremecidos de gozo cuando el Papa les hablaba de sus hijos, entregados a la causa de Cristo en tierras lejanas, precisamente allí, junto al Pilar de Zaragoza, donde encuentran más cálida resonancia las gestas evangelizadoras de España en el Nuevo Mundo.

En todas las tribunas ondeaban las veinte banderas hispanoamericanas, aunando así, una vez más, a todas las naciones que no sólo hablan el mismo idioma, sino que también rezan las mismas oraciones en que expresan su fe.

Estimuló la capacidad misionera de España

El espíritu misionero ha sido la nota dominante, prácticamente la única nota en la partitura zaragozana del Papa. El acto litúrgico, que tuvo lugar en el polígono Actur, al otro lado del Ebro, comenzó con ese canto que ya ha dado la vuelta al mundo entero y que tanto gusta a Juan Pablo II: «Tú has venido a la orilla». Es el canto vocacional y misionero por excelencia, original de Cesáreo Gabarain, quien se encontra-

ba dirigiendo las canciones desde el estrado. Eran momentos de emoción contenida. Pero cuando el Papa comenzó su homilía, la multitud, calculada en unas setecientas mil personas (sin que haya discrepancias de bulto entre los organizadores y la Policía Municipal), fue entrando en conexión perfecta con ese líder espiritual del mundo y dotado de un carisma especial que dimana de sus profundas convicciones que es Juan Pablo II. Como es lógico, la multitud desoyó las instrucciones que se le habían dado para que no cantara ni aclamara durante la homilía del Papa.

No obstante, sí debemos dejar anotado que el Papa «defraudó» a quienes desde las páginas de los periódicos habían especulado los días anteriores con el contenido de su discurso, pues no centró su mensaje —como podrá comprobar el lector de ECCLESIA— en las cuestiones fronterizas Iglesia-Estado. Por eso pudo «desfigurarse» el mensaje papal su audición en vivo y en directo, por cuanto pasó sin aplauso alguno el eje central del discurso, en que Juan Pablo II hacía referencia a la evangelización de América y pedía «un testimonio ferviente y la ayuda de vuestra colaboración humilde y generosa», al tiempo que insistía en la «dimensión apostólica, misionera y mariana» de su viaje, que no quería fuera considerado «como una mera escala en el camino hacia América», y urgía a «estimular vuestra capacidad misionera de cara al futuro». Sin embargo, arreciaron los aplausos cuando pidió a los fieles que apliquen en su vida diaria «la savia de la fe en Cristo» y pasaba a alusiones concretas, si bien en forma breve y genérica, de los problemas pendientes en las relaciones actuales Iglesia-Estado, tales como la defensa de «la indisolubilidad y los demás valores del matri-

monio», «el respeto a toda vida desde el momento de la concepción» y «el derecho de los padres a elegir el tipo de educación que prefieran para sus hijos». Podía pensarse que el público ansiaba más este mensaje que el que, en realidad, formaba el núcleo del mensaje papal; bastaría repasar el vídeo y analizar en qué momentos se produjeron los treinta cortes producidos por los aplausos.

El Papa y Felipe González, a solas y sin intérprete

Ya se sabe en qué momento se encuentran las posturas de la Iglesia católica —recalcadas una vez más por el Papa— y las del poder político en los temas fronterizos que hemos mencionado anteriormente (divorcio, aborto, enseñanza). Precisamente por ello cabe pensar que el presidente del Gobierno, Felipe González, quisiera departir unos momentos en privado, a solas y sin intérprete, con Su Santidad el Papa a su paso por Zaragoza, y así lo hizo momentos antes de que Juan Pablo II sobrevolara el Atlántico rumbo a tierras americanas.

El Papa vino a orar ante la Virgen del Pilar, vino a llamarnos de nuevo la atención sobre nuestra responsabilidad misionera, se acercó a los padres de los misioneros para agradecerles el don de sus hijos, compareció ante la multitud que esperaba sus palabras, sus gestos, su sonrisa... Y tuvo un momento de encuentro con todos los obispos de España cuando se reunió con ellos en el palacio arzobispal para cenar, y rápidamente, en tan sólo veinte minutos,

ya que los jóvenes cantaban y bailaban sin descanso allá abajo y dentro de pocas horas había que salir de nuevo a departir con aquellos jóvenes que estarían la noche entera en constante vigilia (vigilia del magnificat, de la fe, de la esperanza, de la caridad, rosario de la aurora, misa de infantes...).

En la esplendorosa mañana de la víspera del día del Pilar seguían escuchándose los cantos, ya de nostalgia, dirigidos al Papa y se veían las pancartas con el «No te vayas todavía», «Los ángeles te guarden», «Sto-lat», etc. Juan Pablo II había venido a España hace dos años; todavía estaba fresca en la memoria la visita anterior cuando allí, en el Pilar, recordó el quinto centenario del descubrimiento y evangelización de América, «una cita a la que la Iglesia no puede faltar». Ahora ha dicho que, siendo ése el motivo de este viaje a España, «era un deber histórico, además de un impulso natural del corazón, que me detuviera en tierra española, porque España fue la que abrió la comunicación entre Occidente y el continente americano y la que, en gran parte, llevó al mismo la luz de la fe en Cristo».

El Papa ha reconocido el papel jugado por España en la evangelización del nuevo mundo y ha tributado un cálido homenaje de admiración y gratitud por el colosal esfuerzo de los hijos de esta patria nuestra. Pero, al lado de este legítimo orgullo provocado por la memoria histórica, el Papa nos ha llamado a tender una vez más nuestra mano generosa y desprendida a un continente sangrante y empobrecido y víctima de múltiples tiranías.

Miguel DE SANTIAGO

(De «ECCLESIA»)

Bienvenida del Rey

Su Majestad el Rey pronunció el siguiente discurso de bienvenida al Papa Juan Pablo II en el aeropuerto de Zaragoza:

«Santidad: A la emoción de veros de nuevo en tierras de España se une en esta ocasión el recuerdo, difícilmente olvidable, de vuestra visita anterior hace dos años. Por eso, la Reina y yo sentimos doble alegría y satisfacción al daros la bienvenida. Estoy seguro de que todos los españoles y especialmente la gran mayoría que profesa la religión católica sienten todavía el impacto dejado entre nosotros en la anterior visita de Vuestra Santidad y en el infatigable recorrido a los rincones más entrañables de nuestro territorio, que permitió a las gentes de España acercarse a Vuestra Santidad y recibir el alentador mensaje de paz, justicia y progreso, objetivos hondamente arraigados entre nosotros y fundamentos de esa sociedad democrática avanzada a la que aspiramos.

En esta ocasión, además, vuestra escala en España tiene una significación para nosotros entrañable. Vais camino de Iberoamérica, de Santo Domingo, cuna de la civilización occidental del Nuevo Mundo, a llevar a aquellas tierras tan queridas e íntimamente vinculadas al pueblo español el mensaje de paz, que es el tema principal de vuestra misión al frente de la Iglesia. Mensaje que nosotros comprendemos muy bien, porque los esfuerzos que Vuestra Santidad lleva a cabo para alentar un orden mundial más justo coincide con los principios que inspiran la acción internacional de España. Por ello, al reiniciar el salto a América desde tierra española, como en su día lo hiciera Colón, y precisamente en el momento que comienzan los preparativos del V Centenario del Descubrimiento, tienen valor que nosotros no podemos ignorar ni dejar de apreciar.

España vuelve a ser punto de arranque hacia Iberoamérica, como lo fue cuando, en una empresa histórica sin precedentes, llevó a aquellas tierras y a aquellos pueblos la tradición greco-latina que latía vigorosa en la cultura española, así como la concepción cristiana de la vida.

No creo necesario insistir, Santidad, en la acción civilizadora y el legado que se dejó en aquellas tierras, obra ingente de toda una sociedad y, por lo tanto, también de la Iglesia católica, pues es patente y dais buena muestra de valorarlo de manera adecuada con la atención preferente que concedéis a las tierras y pueblos de América. Ello es una prueba de vuestra buena voluntad de conservar y dar nueva vida a ese patrimonio que lo es tanto de España como de la cultura occidental.

Bienvenido, pues, a esta entrañable ciudad de Zaragoza, en cuya basílica se venera la imagen a la Virgen del Pilar, Patrona de la Hispanidad.

En nombre de todos los españoles, gracias, Santidad, por vuestra visita.»

IMPOSIBLE PRESENTAR UNA HISTORIA DE LA GESTA ESPAÑOLA HACIENDO ABSTRACCION DE LA IGLESIA

Majestades, amados hermanos en el Episcopado, autoridades, querido pueblo de España:

① Llego por segunda vez a tierra española y siento dentro de mí las mismas emociones que experimenté al comenzar mi anterior visita, hace casi dos años.

Mi presencia aquí quiere significar estima profunda, admiración y confianza en las cualidades de vuestro pueblo y de las gentes que lo integran. Las de la Península y de las islas, de las ciudades y de los pueblos, de la capital de la nación y de las diversas autonomías. A todos envío desde ahora mi cordial recuerdo y saludo.

Durante mi precedente visita a esta ciudad de Zaragoza me referí a una cita inminente, a la que la Iglesia no podía faltar: la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento y de la Evangelización de América. Precisamente el comienzo de la preparación espiritual de dicho acontecimiento hace que esté encaminando mis pasos hacia la República Dominicana, donde se inició la evangelización del Nuevo Mundo.

Siendo éste el motivo de mi viaje, era un deber histórico, además de un impulso natural del corazón, que me detuviera antes en tierra española. Porque fue España la que abrió la comunicación entre Occidente y el continente americano y la que en gran parte llevó al mismo la luz de la fe en Cristo, junto con Portugal, al que también desde aquí envío mi cordial saludo. En efecto, de Palos de la Frontera partieron las

primeras carabelas, de vuestros lares salieron los primeros evangelizadores, a los que tantos otros han seguido hasta nuestros días. Desde los primeros momentos fueron gentes de España entera.

He venido por ello a esta ciudad, a postrarme ante la Virgen del Pilar, Patrona de la Hispanidad, para dar gracias a Dios por esa gesta y por la contribución esencial de los hombres y mujeres de España en una sin par obra de evangelización.

② Después de dar gracias a Dios a España, siento el deber de agradecer la presencia y las nobilísimas palabras de acogida pronunciadas por Su Majestad el Rey don Juan Carlos. El y la Reina doña Sofía han tenido la gentileza de venir a darme la bienvenida a la Patria cuya suprema representación ostentan y a la que solicitamente sirven desde la Corona.

Mi cordial gratitud también al señor presidente del Gobierno, a los representantes del pueblo, a las autoridades civiles y militares, que amablemente y expresando el sentir de los españoles han venido a recibir al Papa.

Un saludo particular y agradecido a las autoridades aragonesas, de manera especial a los miembros de la corporación municipal de Zaragoza y a todos los zaragozanos, por su disponibilidad y colaboración. Y un fraterno abrazo de paz a cada uno de los hermanos obispos españoles, unidos a mí en la acción de gracias que he manifestado y que comparto conmigo la solicitud por todas las Iglesias.

3 Hace dos años me despedía de vosotros con un ¡Hasta siempre, España! Hoy, al visitaros de nuevo, se hace cercanía aquel saludo, en el que está presente —como entonces— la realidad total de vuestra Patria.

Siento, a través de quienes habéis venido a recibirme con tanta cordialidad, el eco multitudinario del pueblo cristiano español, al que encontré en tantos momentos de mi anterior visita. El mostró su espontáneo sentimiento ante el mensaje religioso y moral de una humilde persona, pero que es por designio divino el sucesor de San Pedro. Por esa cercanía al pastor de la Iglesia universal y a lo que él encarna —una característica histórica de los católicos españoles— no puedo sino expresar vivo reconocimiento.

Todo cristiano —e incluso todo hombre de buena voluntad— sabe que la fe y la adhesión a la cátedra de Pedro no interfieren con las legítimas opciones temporales que Dios y la Iglesia dejan a la responsable libertad de cada hombre. Todos, por ello, pueden encontrarse, respetarse y colaborar en torno a las exigencias fundamentales de un mensaje que —como dije a las autoridades españolas— «habla de amor entre los hombres, de respeto a su dignidad y a los valores fundamentales de paz, de concordia, de libertad, de convivencia» (Madrid, 2 noviembre 1982).

La Iglesia respeta la justa autonomía de las realidades temporales con una opción que es profunda y decidida. Sin embargo, no rechaza la sana colaboración que favorezca el bien del hombre, que es a la vez ciudadano y fiel. Ella pide que se respete su libertad en el ejercicio de su tarea, dirigida al servicio de Dios y a la formación de las conciencias, y pide respeto hacia las diversas manifestaciones, personales y sociales, de la libertad religiosa de sus

fieles. Ella, por otra parte, está convencida de que la actuación práctica de los principios morales —que son cristianos y humanos a la vez— proporciona una base sólida para la ordenada convivencia, la solidaridad comunitaria, la armonización jurídica de los mutuos derechos y deberes en el campo personal, familiar, escolar, laboral y cívico. Porque el cristiano que sabe vivir en coherencia su fe no podrá menos de ser creador de fraternidad y diálogo, alentador de justicia, promotor de cultura y elevación de las personas.

4 El hecho que nos congrega, el centenario del descubrimiento y la evangelización de América, tuvo una enorme trascendencia para la humanidad y para España. Para ésta constituye una parte esencial de su proyección universalista. Allí se inició una gran comunidad histórica entre naciones de profunda afinidad humana y espiritual, cuyos hijos rezan a Dios en español, y en esa lengua han expresado en gran parte su propia cultura.

Sería imposible y deformante presentar una historia verídica de esa gesta española haciendo abstracción de la Iglesia y de su labor. Más aún: me pregunto, con tantos de vuestros pensadores, si sería posible hacer una historia objetiva de España sin entender el carácter ideal y religioso de su pueblo o la presencia de la Iglesia.

Por todo esto, con mirada cultural que es un respetuoso homenaje a su solera histórica; con acento de voz amiga que invita a superar lagunas sin negar esencias, quiero referir a España el grito que desde Compostela dirigí a Europa: «Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes» (discurso del 9 de noviembre 1982).

Así encontrarás tu historia vertebrada. Podrás superarla con la debida apertura hacia metas más altas. Podrás avanzar hacia los desafíos del futuro con savia vital, con creatividad renovada, sin rupturas ni fricciones en los espíritus.

5 A la Virgen del Pilar, Patrona de la Hispanidad, confío estas inten-

ciones, España, sus pueblos y cada uno de sus hijos.

Que su protección maternal alcance toda suerte de bendiciones divinas sobre esta querida tierra, sobre sus Reyes y familia, sus pastores, autoridades y todas sus gentes.

EN LA BASILICA DEL PILAR, A LOS FAMILIARES DE LOS MISIONEROS

Queridos padres, madres y hermanos de los misioneros y misioneras que trabajan en Hispanoamérica.

Es para mí motivo de gran alegría tener con vosotros este encuentro personal, aquí a los pies de la Santísima Virgen del Pilar.

Hemos orado juntos por vuestros hijos, hermanos o familiares que, siguiendo la llamada del Señor, han dejado su tierra natal para ir a sembrar la semilla del Evangelio en el continente americano. Pasado mañana inauguraré en la República Dominicana los actos de preparación del V Centenario de la evangelización de América.

Como Pastor de la Iglesia universal, deseo agradecer profundamente la generosidad ininterrumpida con la que, desde hace casi cinco siglos, tantas familias han entregado a su hijos e hijas para que llevaran la luz de Cristo a los pueblos del Nuevo Mundo.

¡«Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que

pregona la salvación!»! —leemos en el profeta Isaías (Is 52,7)—. Vuestros hijos, hijas u hermanos, queridos padres y familiares de misioneros, son esos mensajeros de paz, de amor, de salvación de los que habla el profeta.

¡Gracias, pues, en nombre de la Iglesia! ¡Gracias a aquellas familias españolas que en los cuarenta primeros años después de descubrirse el Nuevo Mundo enviaron allí cerca de 3.000 religiosos y unos 400 clérigos! ¡Gracias porque, en estos cinco siglos, más de 200.000 misioneros españoles han marchado a servir a la Iglesia en Hispanoamérica!

Continuad sosteniendo con vuestras oraciones, vuestro apoyo y afecto a los servidores del Evangelio que testimonian el amor de Cristo sirviendo a sus hermanos. ¡Familias españolas: estad contentas y orgullosas de ello! Y seguid cultivando el espíritu misionero.

A vosotros, jóvenes, ante la Patrona de la Hispanidad, os digo como en Javier: «Jóvenes, Cristo necesita de vosotros y os llama para ayudar a

millones de hermanos vuestros a ser plenamente hombres y a salvarse... Abríd vuestro corazón a Cristo, a su ley de amor, sin condicionar vuestra disponibilidad, sin miedo a respuestas definitivas, porque el amor y la amistad no tienen ocaso» (discurso en Javier, 6 noviembre 1982).

Que la Virgen Santísima del Pilar, en cuyas manos de Madre ponemos todas estas intenciones, os proteja,

padres, madres y hermanos de los misioneros y misioneras, y que el Espíritu Santo continúe suscitando numerosas vocaciones.

Con gran afecto doy a vosotros, a vuestros hijos y familiares, así como a todos los misioneros españoles, una cordial bendición apostólica en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

ORACION EN LA BASILICA DEL PILAR

«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dios misericordioso y eterno: Mira a tu Iglesia peregrina, que se dispone a celebrar el V Centenario de la Evangelización de América.

Tú conoces los caminos que siguieron los primeros apóstoles de esa evangelización. Desde la isla de Guanahani hasta las selvas del Amazonas.

Gracias a las semillas de la fe que sembraron, el número de tus hijos ha crecido ampliamente en la Iglesia, y santos tan insignes como Toribio de Mogrovejo, Pedro Claver, Francisco Solano, Martín de Porres, Rosa de Lima, Juan Macías y tantas otras personas desconocidas que vivieron con heroísmo su vocación cristiana han florecido y florecen en el continente americano.

Acoge nuestra alabanza y gratitud por tantos hijos de España —hombres y mujeres— que dejándolo todo han decidido dedicarse por entero a la causa del Evangelio.

Sus padres, algunos aquí presentes, pidieron para ellos la gracia del bautismo, los educaron en la fe y tú les concediste el don inestimable de la vocación misionera. Gracias, Padre de bondad.

Santifica a tu Iglesia para que sea siempre evangelizadora. Confirma en el espíritu de tus apóstoles a todos aquellos, obispos, presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas, catequistas y seglares, que dedican su vida, en tu Iglesia, a la causa de nuestro Señor Jesucristo. Tú los llamaste a tu servicio, hazlos, ahora, perfectos cooperadores de tu salvación.

Haz que las familias cristianas eduquen intensamente a sus hijos en la fe de la Iglesia y en el amor del Evangelio, para que sean semillero de vocaciones apostólicas.

Vuelve, Padre, también hoy tu mirada sobre los jóvenes y llámalos a caminar en pos de Jesucristo, tu Hijo. Concédeles prontitud en la respuesta y perseverancia en el seguimiento. Dale a todos valor y fuerza para aceptar los

riesgos de una entrega total y definitiva.

Protege, Padre todopoderoso, a España y a los pueblos del continente americano.

Mira propicio la angustia de cuantos padecen hambre, soledad o ignorancia.

Haznos reconocer en ellos a tus pre-

dilectos y danos la fuerza de tu amor para ayudarlos en sus necesidades.

Virgen Santa del Pilar: desde este lugar sagrado, alienta a los mensajeros del Evangelio, conforta a sus familiares y acompaña maternalmente nuestro camino hacia el Padre, con Cristo, en el Espíritu Santo. Amén.»

Mensaje a España en el encuentro con los

fieles congregados en la Avenida de los Pirineos

QUIERO AGRADECER A LA IGLESIA ESPAÑOLA SU INGENTE LABOR EVANGELIZADORA

«Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he enseñado. Y mirad: Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos» (Mt. 28, 19-20).

① Estas palabras me parecen particularmente vivas y apropiadas para este encuentro que tengo con vosotros, queridos hermanos obispos, amados hermanos y hermanas de España.

El mandato misionero de Jesús en las riberas del Tiberiades resuena hoy con fuerza a orillas del Ebro, donde desde hace tantos siglos alienta un eco de los afanes apostólicos de Santiago y de Pablo.

«Id y enseñad a todos los pueblos.» Son esas palabras del Maestro las que me empujan hoy hacia tierras de América, en un viaje que tiene mucho que ver con su mandato misionero.

En efecto, se aprestan ahora los pueblos e Iglesias de América a

celebrar el quinto centenario de su primera evangelización, de su bautismo en la fe de Jesucristo. Una tarea ingente y secular que tuvo su origen aquí, en tierras ibéricas. Una siembra generosa y fecunda la de aquellos misioneros españoles y portugueses que sembraron a manos llenas la Palabra del Evangelio, en un esfuerzo que llega hasta hoy y que constituye una de las páginas más bellas en toda la historia de la evangelización llevada a cabo por la Iglesia.

Cuando se trata de dar gracias a Dios por los frutos tan abundantes de aquella siembra y de profundizar en los compromisos actuales y futuros de la evangelización en todo el continente, el Papa, que quiere ser «el primer misionero», no podía estar ausente. Cuando hace casi dos años, en esta misma ciudad de Zaragoza, tuve la alegría de postrarme a los pies de la Virgen del Pilar y de evocar aquí, ante la Patrona de la Hispanidad, la proximidad del quinto centenario del

descubrimiento y evangelización de América, os dije que tal conmemoración era «una cita a la que la Iglesia no puede faltar» (alocución en el acto mariano nacional, Zaragoza, 6 noviembre 1982).

A la luz de esta promesa y del propósito misionero que anima mi nuevo viaje a Iberoamérica, bien podéis entender el sentido de la escala que he querido hacer en Zaragoza. En el umbral de un viaje eminentemente misionero, y en nombre de toda la Iglesia, he querido venir personalmente **para agradecer a la Iglesia en España la ingente labor de evangelización** que ha llevado a cabo en todo el mundo y muy especialmente en el continente americano y Filipinas.

En muchos de mis viajes he podido constatar el fruto actual de esa labor. Quería por ello, en esta ocasión tan señalada, repetir aquí, en Zaragoza, lo que ya tuve oportunidad de decir en Madrid, apenas iniciada mi visita apostólica: «¡Gracias, España; gracias, Iglesia de España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!» (Discurso de llegada, Madrid, 31 octubre 1982.) A la hora, pues, de iniciar los preparativos del quinto centenario de la evangelización de América he querido hacer un alto en el Pilar de Zaragoza para subrayar precisamente las dimensiones que este viaje lleva aparejadas.

La fe de los misioneros españoles fue la misma de los apóstoles

② Brilla aquí, en la tradición firme y antiquísima del Pilar, **la dimensión apostólica** de la Iglesia en todo su esplendor. El Papa es el que por designio y misericordia del Señor encarna y perpetúa de forma eminente esa tradición apostólica, que tiene en Roma una histórica e inquebrantable relación con la figura y el ministerio de Pedro. Pero el Papa quiere llevar a las Iglesias en América no sólo la firmeza de la fe que Pedro representa, sino también la audacia misionera de los otros apóstoles, que, obedeciendo al mandato del Maestro, pusieron sus talentos y sus mismas vidas al servicio de la difusión del Evangelio en el nuevo mundo.

La fe que los misioneros españoles llevaron a Hispanoamérica es una fe apostólica y eclesial, heredada —según venerable tradición que aquí junto al Pilar tiene su asiento secular— de la fe de los apóstoles. Desde la misma fuente vigorosa y auténtica de la fe de los apóstoles quiere ahora el Papa llevar un nuevo impulso a las Iglesias en América y a vuestra propia Iglesia española.

Que el Señor bendiga los pasos de los españoles en su evangelización

③ Aquí, en Zaragoza, luce también esta tarde **la dimensión misionera** de la Iglesia, y bien en concreto de la Iglesia en España.

Hace unos instantes he podido encontrar en el templo del Pilar a las familias de los sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares que sirven hoy al Evangelio en las Iglesias hermanas en América. Ha sido un encuentro breve, pero intenso. ¡No se ha extinguido en la Iglesia en España el aliento misionero! ¡No habéis dejado de cumplir el «id y enseñad a todos los pueblos»! **Cerca de dieciocho mil misioneros españoles** perpetúan hoy en aquellas tierras, tan hermanas vuestras, la tradición misionera que yo deseo se acreciente, como una de las glorias más altas de esta Iglesia.

¡Que el Señor bendiga los pasos y las manos de los españoles que en todo el mundo, y especialmente en América, evangelizan y bautizan en su nombre! ¡Que el Señor premie la generosidad de las familias españolas que saben dar sus hijos a la tarea de «ir y enseñar» que nos legó el Maestro! ¡Que el Señor conceda y aumente a esta Iglesia el talante misionero que distinguió su pasado, que forma parte de su vida presente y que debe estimular y enriquecer su futuro!

Decir España es decir María

④ Hay todavía una tercera dimensión, muy entrañable y muy especial, en esta mi escala en España y en Zaragoza: **la dimensión mariana.**

Mis últimas palabras cuando me despedí de vosotros en Compostela, después de diez días de convivencia de los que guardo gratísimo recuerdo, fueron éstas: «Hasta siempre,

España; hasta siempre, tierra de María» (despedida en Santiago de Compostela, 9 noviembre 1982). En su compañía y bajo su amparo os dejaba entonces, y junto a ella, junto a este Pilar de Zaragoza que simboliza la firmeza de la fe de los españoles y de su gran amor a la Virgen María, os encuentro ahora de nuevo.

No es indiferente ni casual este encuentro. La fe mariana de los misioneros españoles cuajó bien pronto en aquellas latitudes en devociones y advocaciones que siguen siendo norte y estrella de los creyentes de aquellos países. **Decir España es decir María.** Es decir el Pilar, Covadonga, Aránzazu, Montserrat, Ujué, el Camino, Valvanera, Guadalupe, la Almudena, los Desamparados, Lluch, la Fuente-santa, las Angustias, los Reyes, el Rocío, la Candelaria, el Pino. **Y decir Iberoamérica es decir también María,** gracias a los misioneros españoles y portugueses. Es decir Guadalupe, Altagracia, Luján, la Aparecida, Chiquinquirá, Coromoto, Copacabana, el Carmen, Suyapa y tantas otras advocaciones marianas no menos entrañables.

La Conferencia de Puebla, en su reflexión sobre la evangelización, dijo expresamente: «Ella tiene que ser cada vez más la pedagoga del Evangelio en América latina (Puebla, 290). Sí, la pedagoga, la que nos lleve de la mano, la que nos enseñe a cumplir el mandato misionero de su Hijo y a guardar todo lo que El nos ha enseñado. El amor a la Virgen María, Madre y modelo de la Iglesia, es garantía de la autenticidad y de la eficacia redentora de nuestra fe cristiana.

Vuestros hermanos de América, que quieren celebrar hondamente el quinto centenario de la llegada del Evangelio a aquellas inmensas tierras, se debaten en un largo y complejo esfuerzo de afirmación social, cultural y espiritual. Esa América tensa y esperanzada, joven y doliente, esquilada y generosa, su futuro humano y religioso, **yo quiero ponerlo esta tarde a los pies de la Virgen en son de súplica.** ¡Qué ella, María, la Madre de la Iglesia, siga guiando y alumbrando la fe y el camino de los pueblos de América! ¡Que encuentren siempre en vosotros, católicos españoles, el consuelo de un testimonio ferviente y la ayuda de vuestra colaboración humilde y generosa!

Pero si nuestro encuentro y nuestra plegaria de hoy tienen una dimensión **apostólica, misionera y mariana** en función de mi viaje a Santo Domingo y Puerto Rico, no quisiera que consideraseis este alto en Zaragoza **como una mera escala en el camino hacia América.** Me urge reconocer y agradecer ante toda la Iglesia vuestro pasado evangelizador. Era un acto de justicia cristiana e histórica. Pero me urge también **estimular vuestra capacidad misionera de cara al futuro.** «Recordad siempre —como os dije hace dos años— que el espíritu misionero de una determinada porción de la Iglesia es la medida exacta de su vitalidad y de su autenticidad» (discurso a los religiosos en la parroquia de Guadalupe, Madrid, 2 noviembre 1982). **Es lo que esta tarde os repito con intensidad nueva.**

Dad testimonio de la bondad de Dios ante los que no le conocen

5 Conozco vuestros esfuerzos, vuestras aspiraciones y dificultades. Mi visita de hace dos años me enseñó a conocer mejor vuestra tradición religiosa y a apreciar vuestros empeños presentes. Entonces pude decir con toda sinceridad a vuestros obispos: «A pesar de los claroscuros, de las sombras y altibajos del momento presente tengo confianza y espero mucho de la Iglesia en España» (discurso a los obispos españoles, 31 octubre 1982).

Mantengo hoy, acrecentadas, la misma confianza y esperanza. Sé bien que vuestros pastores han diseñado un amplio y exigente programa de «servicio a la fe del pueblo español» basado en la predicación que hace dos años desarrollé en tantos lugares de esta querida nación. Esa predicación no era sino el cumplimiento por mi parte como «primer misionero» del mandato de Jesús: «Id y enseñad». Pido al Señor que su recuerdo y meditación produzca los frutos deseados en el Pueblo de Dios.

El modo más natural de concluir este grato encuentro con vosotros es ratificar ahora mi predicación de aquellos días, recordándoos el mandato de Jesús: id y enseñad todo lo que yo os he enseñado. Enseñad no sólo de palabra, sino también con el ejemplo de vuestra vida.

¡Sed firmes en la fe como este Pilar de Zaragoza! ¡Sed coherentes

en vuestro comportamiento personal, familiar y público con las enseñanzas y ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo! Dad testimonio práctico de la grandeza y de la bondad de Dios ante aquellos que no le conocen o, conociéndole, parecen avergonzarse de El, en público o en privado. Superad la tentación de las desconfianzas y las divisiones estériles, viviendo con gozo y generosidad la unidad de la fe y la comunión del amor de Cristo.

A ello os guiará el esforzado ministerio de vuestros obispos, mis hermanos, cuya comunión entre sí y con el Sucesor de Pedro es garantía de una fiel transmisión de la fe, base primera de un futuro evangelizador rico en frutos de vida cristiana, en sintonía con el glorioso pasado antes evocado.

6 Sobre vuestra vida social, vuelve a mi mente lo que os dije desde el Nou Camp de Barcelona: «Vivid vosotros e infundir en las realidades temporales la savia de la fe de Cristo.» «Demostrad ese espíritu en la atención prestada a los problemas cruciales. En el ámbito de la familia, viviendo y defendiendo la indisolubilidad y los demás valores del matrimonio, promoviendo el respeto a toda vida desde el momento de la concepción. En el mundo de la cultura, de la educación y de la enseñanza, eligiendo para vuestros hijos una enseñanza en la que esté presente el pan de la fe cristiana» (homilía, 7 noviembre 1982, 8). Ojalá tenga así plena efectividad en vuestro país el derecho de los padres a elegir el tipo de educación que prefieren para sus hijos.

Sed ejemplares en vuestra vida cívica y en la capacidad de convivencia, contribuyendo a una mayor justicia social para todos. Con el debido respeto a las legítimas opciones ajenas, «esforzaos por que las leyes y costumbres no vuelvan la espalda al sentido trascendente del hombre ni a los aspectos morales de la vida» (ibid.).

No caigáis en el error de pensar que se puede cambiar la sociedad cambiando sólo las estructuras externas o buscando en primer lugar la satisfacción de las necesidades materiales. **Hay que empezar por cambiarse a sí mismo**, convirtiendo de verdad nuestros corazones al Dios vivo, renovándose moralmente, destruyendo las raíces del pecado y del egoísmo en nuestros corazones. Personas transformadas colaboran eficazmente a transformar la sociedad.

Sed fieles a vuestra historia de fe

7 Vosotros, que fuisteis capaces de aquella empresa gigantesca que hoy hemos evocado, **sed fieles a vuestra historia de fe**. Tened confianza en vosotros mismos. Vivid con integridad vuestra fe, en un contexto en el que se la respete plenamente o en el que se le puedan crear algunos obstáculos. Caminad juntos hacia el futuro.

Tenéis delante una gran empresa: preparar ya desde ahora la Iglesia en España, renovada, fiel y generosa del año 2000, para que vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos encuentren en ella la gra-

cia de Dios y las riquezas de sus dones, para que España pueda seguir siendo **fiel a sí misma y punto de apoyo en la difusión del Evangelio.**

Para tal empresa os convoco a vosotros, mis queridos jóvenes, con el recuerdo del Bernabéu siempre vivo en mis oídos y en mi corazón.

Convoco a las familias cristianas, que veo aún en la imponente eucaristía de la Castellana.

Convoco a las religiosas del claustro, que con su vida hecha plegaria y su entusiasmo pusieron una nota de calor en la fría mañana de Avila.

Convoco a los seglares católicos, a los educadores en la fe, a los niños, a los obreros cristianos, hombres del campo y del mar, a los

hombres de la cultura y de la ciencia, a los que tengo bien presentes en los diversos lugares de nuestros inolvidables encuentros.

Convoco, en fin, a todos los católicos españoles, cuya vitalidad de fe me es bien conocida.

Que la Virgen María, bajo cuya protección materna nos hemos reunidos esta tarde para cantar y rezar, bendiga copiosamente a todos vosotros, bendiga las familias de España y bendiga esta Iglesia querida, **apostólica, misionera y mariana.**

Con este deseo os doy a vosotros, pastores y fieles, en especial a los enfermos de toda España y a cuantos sufren, mi bendición apostólica.

CLAUSURA EN SALAMANCA DE LA XXIX SEMANA DE DERECHO CANONICO

Son XXIX ya, porque —desde que en 1944 se fundó, en el ámbito del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Instituto San Raimundo de Peñafort— cada dos años vienen reuniéndose los canonistas españoles para estudiar, con rigor monográfico y un plan cuidadosamente elaborado, algún tema actual de su especialidad. Aunque la sede del Instituto, hoy departamento, esté en Salamanca, las semanas han corrido toda la geografía española y no se habían celebrado aquí más que en dos ocasiones, la última en 1954, con ocasión del centenario de la Universidad. Han servido también de tradicional punto de cita de canonistas de todas las tendencias, aunque dolorosamente haya que reconocer que en este aspecto la de este año ha supuesto ya casi la consumación de una ruptura (anticipada en la lista de ponencias del congreso de Ottawa) y que había huecos, que, sin embargo, fueron colmados por unos asistentes no habituales de anteriores semanas: los ecónomos diocesanos (así se insistió en que habrá que llamarlos, dejando atrás las ¡veinticinco! locuciones diferentes utilizadas en España para designar este oficio).

Y es que el tema elegido les interesaba particularmente, ya que se trataba de los bienes eclesiásticos y su tratamiento jurídico no sólo en el nuevo Código, sino también en el ámbito de la legislación española. Lo iban a estudiar ponentes procedentes de todos los sectores: la jerarquía, representada por dos obispos particularmente calificados por haberles designado la Conferencia para llevar oficialmente los asuntos que expusieron; profesores de dos facultades de Derecho Canónico y otro vinculado indirectamente a la tercera por haber preparado unas egregias notas en el comentario al Código que editó ésta; dos catedráticos de universidades civiles; el gerente del Episcopado; un representante de la Conferencia, y los «prácticos», en la mejor acepción de esta palabra, con la presencia de un ecónomo diocesano y un abogado de reconocida competencia. Las mesas redondas darían a conocer y oportunidad para escuchar a otros especialistas. Omitamos nombres y cargos y demos los apellidos tal cual aparecían en el programa: Iguacén, López Alarcón, García Fernández, Santos Díez, Del Campo, Corral, Herráez, Aznar Gil, De Luis, Echeverría y Rouco.

Tratar de resumir una semana llena de ponencias y mesas redondas llevaría a ser injusto con algunos, confuso en los conceptos, desorientador para el lector. Pero creo obligado recoger una

impresión general: la aceleración de la historia ha llegado aquí también. El Concilio se cargó —la palabra no es muy técnica, pero sí muy expresiva— el sistema benefical y hay que sustituirlo; el Estado español cambió radicalmente su actitud, de acuerdo con la Santa Sede, en uno de los raros documentos que hayan obtenido unanimidad total en el Senado y moral en el Congreso; la economía se ha modificado en sus propias bases..., y todo esto impone pensar en algo más que ir salvando situaciones mediante parches. Cuáles sean las soluciones concretas es algo que se puede discutir, como se ha discutido ya en estos días en Salamanca. Pero la necesidad de un enfoque de conjunto es hoy indiscutible.

A esto procuró responder, ya al día siguiente de terminar la Semana, la Junta jurídica del Episcopado español, que se reunió en Salamanca misma para examinar los resultados y empezar a estudiar las decisiones que la Conferencia ha de tomar en su día. Caso poco corriente de dinamismo, que puede bien dar una idea de hasta qué punto se empieza a superar la tradicional indolencia eclesíástica en estos temas. Lo que no significa que las soluciones estén ahí, porque los problemas son muchos, los derechos adquiridos no pequeños, las voluntades que hay que aunar innumerables y el resultado final está condicionado por un hecho indiscutible: la pobreza de la Iglesia en España. Y claro está que administrar pobreza es siempre difícil y poco brillante. Aunque sea, y eso importa mucho más, enormemente evangélico.

L. DE ECHEVERRÍA

JESUITAS: 450 AÑOS

La Compañía de Jesús cumplió el pasado día 15 de agosto, festividad de la Asunción de Nuestra Señora, cuatro siglos y medio de existencia. San Ignacio de Loyola la fundó en el barrio parisiense de Montmartre cuando era estudiante en la Sorbona.

El padre Dezza, que durante dos años dirigió la Compañía como delegado pontificio debido a la enfermedad del padre Arrupe, ha sido motivo de la efemérides: «Cuando el 15 de agosto de 1534 Ignacio y sus primeros compañeros de la Sorbona se consagraron a Dios con los primeros votos en la capilla de Montmartre, la idea de la Compañía era todavía muy vaga y sólo se concretó en 1539, en Roma, donde la Providencia les guió para que se pusiesen a completa disposición del Papa Paulo III y de sus

sucesores. Seguir fielmente las directivas de los Romanos Pontífices, con fuerza y creatividad (según la expresión de la última Congregación General), ha sido siempre la norma del apostolado de la Compañía en estos cuatro siglos y medio. Hoy estas directivas nos invitan a una mayor profundización del mensaje evangélico, con un esfuerzo de fiel penetración doctrinal, de acuerdo con las exigencias de los tiempos; a una presentación y aplicación de este mensaje de modo adecuado a las culturas, tradiciones y situaciones de las diversas naciones y de las diversas clases sociales en el ámbito de la misma nación, con un esfuerzo de auténtica inculturación».

MIGUEL DE SANTIAGO

NUEVA SUPERIORA DE LAS HERMANAS DEL AMOR DE DIOS

La Congregación de las Hermanas del Amor de Dios ha celebrado en Madrid su X capítulo general. En él ha sido elegida superiora general, por seis años, la Hna. Aurora González Pascual, que tiene 54 años y es natural de Villaescusa (Burgos, España). Era ya consejera general de la congregación y ha dedicado su vida apostólica fundamentalmente a la formación de jóvenes. Ha estudiado pedagogía, sicología y teología en Roma y Madrid. En el cargo de superiora general sucede a la Hna. Auxiliadora Robles. La asamblea capitular ha examinado la misión de la congregación en el momento actual del mundo y de la Iglesia. Las Hermanas del Amor de Dios fueron fundadas en 1864 en Toro, diócesis de Zamora (España), por el P. Jerónimo Useras. Son un millar y trabajan en 112 casas esparcidas por España, Portugal, Francia, República Federal de Alemania, Bolivia, Chile, Perú, México, Puerto Rico, República Dominicana, Estados Unidos, Angola, Mozambique y Cabo Verde. Carisma particular de la Congregación es la educación cristiana de la juventud.

CENTRO NACIONAL DE VOCACIONES (C.O.N.F.E.R.)

La Conferencia Episcopal y la Confederación Española de Religiosos están poniendo las bases para la creación de un centro nacional de vocaciones. Dicho centro se encargaría de estudiar el problema de la pastoral de las vocaciones, programar, coordinar y dotar de medios e información a las delegaciones diocesanas y a los organismos de las órdenes religiosas dedicadas a las vocaciones. Por el momento se ha creado un grupo de trabajo conjunto, compuesto por los secretariados de vocaciones de la Conferencia Episcopal y de la CONFER, y una pequeña comisión asesora. La creación de este centro nacional de vocaciones fue una de las propuestas del II Congreso Internacional de Vocaciones, que luego se presentó como propuesta para España en el encuentro de delegados diocesanos del año pasado. La Confederación de Religiosos había expresado en varias ocasiones la necesidad del mismo, sentida especialmente en las relaciones de su servicio vocacional con los propios de la Conferencia Episcopal. La propuesta fue bien recibida y mereció el apoyo de las comisiones episcopales pertinentes y de las Confederaciones de Religiosas y Religiosos.

MIEMBROS DE LA PRELATURA OPUS DEI ORDENADOS POR MONS. SUQUIA

Mons. Angel Suquía, Arzobispo de Madrid, ha ordenado sacerdotes a 22 profesionales, miembros de la Prelatura Opus Dei, en el Santuario de Nuestra Señora de los Angeles de Torreciudad, que precisamente este año conmemora su noveno centenario.

El Dr. D. Florencio Sánchez Bella, Vicario Regional del Opus Dei en España, leyó, al comienzo de la ceremonia, una carta de Mons. Alvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei, dirigida a los nuevos sacerdotes, en la que les recordó que «El servicio a la Iglesia —que con tanta insistencia se nos remacha en la Prelatura del Opus Dei— requiere una docilidad total al Vicario de Cristo y, en cada diócesis, al Obispo en comunión con la Santa Sede. Amad, hijos míos, con todas vuestras fuerzas, al Papa y a los Obispos, rezando mucho por su tarea y estando muy pegados a sus Personas e intenciones. Buen ejemplo nos dejó nuestro queridísimo Fundador, que con generosidad heroica entregó

su alma en alegre y completo sacrificio por la Iglesia de Dios».

«Vosotros, sacerdotes del Opus Dei —señaló en su homilía el Arzobispo de Madrid—, os ordenáis para servir a todos los fieles de la Prelatura, a muchas almas que se acercan a los apóstolados del Opus Dei y a todos los hombres. Por eso, como sacerdotes seculares, os sentís unidos fraternalmente con los demás sacerdotes seculares de las Iglesias locales y, como ellos, sabéis que vuestro servicio se traduce en frutos espirituales para cualquier diócesis en la que trabajéis».

Estos 22 nuevos sacerdotes proceden, entre otros países, de Argentina, Brasil, Canadá, España, Filipinas, México y Estados Unidos. Todos han desarrollado distintos trabajos profesionales y, como preparación para el sacerdocio, han realizado en el Seminario Internacional de la Prelatura los estudios previstos por la Iglesia, obteniendo además un doctorado eclesiástico.

necrología

- Sor Trinidad García Herrero, del Convento de MM. Agustinas de Vitigudino (27 agosto 1984).
- Hermana Rosario Peñagaricano Altuna, del Convento de Hijas de Jesús de Salamanca (28 septiembre 1984).

DESCANSEN EN PAZ

colaboración

LA GESTA EVANGELIZADORA DE AMERICA

L *El Viaje de nuestro Santo Padre, el Papa Juan Pablo II a Zaragoza, con el fin de iniciar ante la Virgen del Pilar, su viaje a Santo Domingo y Puerto Rico para conmemorar el V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América, es una gran oportunidad para conocer mejor y valorar, desde la dimensión eclesial, la obra evangelizadora de nuestros misioneros españoles.*

Este Cuaderno, quier ser un servicio al Pueblo de Dios, ofreciendo un resumen preparado por María Luisa García Sanchidrián, catedrática de Instituto, de la Gesta de la Evangelización de América.

Pedimos a la Virgen del Pilar, que la lección de 250.000 misioneros, que dieron su vida por el Evangelio, suscite, hoy en la Iglesia vocaciones apostólicas de temple y espíritu misionero, en las nuevas generaciones.

*Elías YANES
Arzobispo de Zaragoza.*

Zaragoza, septiembre 1984.

I. CONTEXTO HISTORICO

La Iglesia empezó a existir en América con los viajes de Colón al servicio de España. Cristóbal Colón había vivido en un clima histórico de navegaciones portuguesas y andaluzas, fantasías geográfico-astronómicas, observaciones náuticas y ambiciones peninsulares de expansión. Desde las primeras tentativas del infante Enrique *el Navegante* de Portugal, las expediciones de portugueses y españoles se suceden ininterrumpidamente. Estas expediciones tienen como un poderoso estimulante el deseo de llevar la religión cristiana a los paganos de ultramar, junto con otras ideas materiales, científicas y económicas. En un momento en que los progresos técnicos en la navegación permitían los viajes por alta mar, y cuando en algunas obras publicadas — en particular la *Imago Mundi*, del francés Pierre d'Ailly — se insistía en la idea de la redondez de la tierra y de que un mismo océano rodeaba Europa, Asia y Africa, era irresistible la tentación de ir a buscar metales preciosos y otros objetos de comercio a tierras desconocidas o a las fabulosas Indias, cuyo camino clásico estaba bloqueado por los musulmanes.

Colón, que había intentado que Juan II de Portugal le diese barcos para llegar a la isla de Cipango (Japón) navegando hacia el oeste y que había acudido, también sin éxito, a los Reyes Católicos — afanados en la última fase de la Reconquista, con la que se trataba de poner fin al reino moro de Granada, último resto del Islam ibérico — siguió a la búsqueda de una monarquía que patrocinase su empresa, renovando su demanda a Juan II y probando suerte, a través de su hermano Bartolomé, con el rey de Inglaterra Enrique VII y en la corte de Francia, países en los que — como en los anteriores — las comisiones consultadas emitieron un fallo adverso. De nuevo en España, con ayuda de un monje de la Rábida, fray Juan Pérez, que con anterioridad había estado al servicio de la reina, logró una nueva audiencia real. La comisión de expertos convocada se mostró favorable a Colón, pero el proyecto debía ser aprobado por el Consejo Real de Castilla. Tras la caída de Granada, el 2 de enero de 1492, supo que el Consejo de Castilla había rechazado su demanda. Pero en aquel momento encontró Colón un nuevo defensor en la persona de Luis de Santángel, tesorero del rey Fernando: hizo ver a la reina que, si no favorecía a Colón, no sólo se arriesgaba a ver otros soberanos reinar sobre las tierras que el genovés descubriera, sino — y esto era más grave — a desagradar a Dios por no haber ayudado a introducir en ellas la verdadera fe. Santángel, en efecto, había tocado la fibra sensible y, a partir de aquí, se fueron allanando los últimos obstáculos, hasta llegar a los documentos conocidos por *Capitulaciones de*

Santa Fe — la ciudad fortificada construida por los cristianos delante de Granada durante el sitio a ésta — en que Colón fue nombrado Almirante, virrey y gobernador, con fabulosas concesiones económicas en las tierras que descubriera.

II. FIN MISIONAL DEL DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACION

El proyecto náutico colombino no tomó en el ánimo de Isabel el carácter de fórmula económica o científica, de buscar un camino más corto para la India que el que rodeando África perseguían los portugueses: se convirtió en tarea evangelizadora y apostólica, misión difusora de la fe cristiana entre la multitud de pueblos paganos que, una vez descubierta la nueva ruta, podrían ser traídos a la verdad. El propio Colón, junto con su propósito científico, alentaba ese otro de la propagación de la fe.

Hombres de fe y piadosos — aunque con yerros morales, como otros muchos cristianos de su tiempo — Colón y sus oficiales y tripulaciones se confesaron y comulgaron antes de hacerse a la mar en el puerto de Palos, el 3 de agosto de 1492. Las referencias de este primer viaje de Colón, tomadas del diario de a bordo por Las Casas, reflejan detalles de piedad abundantes: la invocación diaria a la Reina de los mares pidiendo su protección con la *Salve*; la colocación de una cruz en dondequiera que llegasen, islas o tierra firme. En el regreso del primer viaje, rumbo a España, acosados por la mar embravecida que puso en peligro sus vidas, acudieron al refugio de la protección divina por mediación de Santa María, prometiendo ir a rezar en la primera tierra a que llegasen, a una iglesia de alguna advocación de la Virgen. En el primer folio de un manuscrito de Colón, remitido por él en 1501 a un padre cartujo, Gaspar Gorricio, aparece su invocación predilecta: *Iesus cum Maria sit nobis in via. Amen.*

Era constante la preocupación de Colón por que los pueblos hallados en sus exploraciones fueran conducidos a la fe. Así lo manifiestan las declaraciones que hace a lo largo de su diario y diversas cartas. Escribió — por ejemplo — en febrero de 1502 al Papa informándole de sus descubrimientos, dándole a conocer sus deseos de postrarse a sus pies y pidiéndole que en su nuevo viaje le acompañasen seis religiosos para predicar el Evangelio a los indios y darles a conocer la verdadera fe.

También reflejan la fe y la piedad de Colón los abundantes nombres religiosos que usó para denominar las tierras y sus accidentes geográficos según los iba descubriendo.

El 12 de octubre de 1492 llegaba Cristóbal Colón con su flotilla — la nave capitana *Santa María* y dos carabelas más pequeñas, *Pinta* y *Niña* — a la isla Guanahaní, a la que dio el nombre, que era todo un símbolo, de *San Salvador*. Tomó posesión de la isla en nombre del rey de España, bajo cuyo pabellón navegaba, y en nombre de Dios, levantando una cruz. Hay quien dice que entre la tripulación iba un sacerdote secular, Pedro de Arenas, que celebró en esta isla la primera Misa. Tras realizar algunas exploraciones en las Antillas y dejando una guarnición en la isla de Haití, a la que llamó *la Española* — la actual República Dominicana — dio la vuelta hacia España con el feliz mensaje del mundo descubierto.

En el segundo viaje fueron doce religiosos con fray Boyl a la cabeza, para la predicación y evangelización de los indígenas. Desde Santo Domingo, en la isla la Española, fueron extendiendo el radio de acción de la colonización y, simultáneamente, el de la evangelización. Por el historiador Román Panés sabemos que algunas tribus de indios se mostraban prontas y dóciles para abrazar la fe, mientras que en otras, después de dos años de tenaces trabajos, apenas conseguían nada los misioneros.

Algunos autores han hablado de "invasión" al tratar de la conquista, pero no hubo tal. Hay que tener muy presente que para los españoles y portugueses el Nuevo Mundo no era sólo un espacio geográfico, sino también un conjunto de pobladores paganos ante los cuales no podían quedar indiferentes. La tradición de la Reconquista les empujaba a atraerlos y convertirlos. En cambio, los ingleses se limitarían, más tarde, a crear bases de explotación confiadas a compañías económicas, o a dar salida a grupos que por discrepancias religiosas preferían buscar refugio en las nuevas tierras. Por eso, en el caso de los españoles y portugueses hay una *colonización de transmisión*: transmisión de la fe católica y transmisión de sus hábitos, para universalizar a los mundos indígenas, antes enclaustrados. Antes del descubrimiento no hay mapas; América no existe ni tiene dimensiones. El descubrimiento y la posterior obra colonizadora dieron al indio conciencia geográfica con dimensiones continentales. El descubrimiento dio vida a la historia universal y al derecho internacional, y facilitó a la Iglesia Católica la apertura de uno de sus grandiosos capítulos.

La colonización se fue operando por grupos reducidos, que no corresponden desde luego a los de una invasión, que se infiltraban, se establecían, fundaban núcleos de aclimatación, colonización y proyección. Desde España el proceso se ve y se organiza como una emigración y no como una invasión. La penetración era como una frontera móvil: unos quedaban en los núcleos — se habían convertido en pobladores — y otros seguían la infiltración. Lo más representativo de la acción española es el mestizaje, esa fusión de la sangre española con la indígena que se haría también fusión cultural. Las posesiones americanas hispanas no fueron colonias de explotación. España enviaba súbditos seleccionados — no colonias de penados — que fundaron familias, hogares y ciudades y llevaron las mismas leyes de la metrópoli (España). Fueron a América porque la habían descubierto, pero también en virtud de una donación papal que condicionaba la ocupación a la evangelización. Puede decirse que los españoles construyen una América basada en los dos componentes que se encuentran: los que estaban y los que llegan, la cual no será una reproducción de España, sino algo nuevo, América.

Inmediatamente después de la vuelta de Colón del primer viaje habían tratado los Reyes Católicos con el Papa el modo de iniciar el establecimiento de la Iglesia en los territorios descubiertos y, al mismo tiempo, habían obtenido la división — línea de demarcación — de las zonas de influencias hispanas y lusitanas. Al año siguiente, 1494, las coronas de Castilla y Portugal convinieron en Tordesillas en correr esta línea 270 leguas al oeste, quedando repartidos entre ambas los caminos mundiales del mar: los portugueses circunnavegan África, dominan el Indico y llegan a Insulindia. Los castellanos encuentran el camino de occidente cerrado por

la barrera continental de unas tierras a las que en principio llaman Indias y, después, América.

Los documentos pontificios de donación de los territorios — bulas del año 1493 — eran onerosas para portugueses y españoles: la carga u obligación era la conversión y evangelización de aquellas regiones, mediante la selección, misión y distribución de misioneros. En 1501 una nueva bula concedía a los reyes los diezmos de Indias, con el deber de dotar convenientemente a los eclesiásticos que atenderían las iglesias erigidas o por erigir. Y otra bula otorgada el 1508 por el Papa Julio II concedía expresamente todos los derechos *patronales* en todas las tierras conquistadas. En tiempos de la Reconquista los Reyes Católicos habían recibido la bula del Patronato — privilegio de proponer personas para cubrir las plazas de los obispados españoles — a fin de que lucharan más eficazmente contra los infieles. Con el Patronato universal real, la Corona obtuvo el derecho de presentar al Papa los hombres idóneos para todas las diócesis, parroquias y otras dignidades eclesiásticas. Los deberes principales del rey se referían a la erección y dotación de obispados, beneficios, parroquias, y a la misión y sustentación de los misioneros.

Estas concesiones pontificias es necesario verlas en su perspectiva histórica, siguiendo los numerosos documentos concedidos a los reyes de Portugal desde la toma de Ceuta (1415) y no como intervenciones aisladas surgidas inesperadamente. Con ellas la dirección de la Iglesia en Hispanoamérica quedó en estrecha dependencia real. El rey Carlos V delegó gran parte de sus poderes, para América en el Consejo de Indias que, citado ya en un documento real de 1519, recibe su forma autónoma, desdoblándose de Castilla, el 1 de agosto de 1542.

Fernando el Católico, en cuanto tuvo la concesión del Patronato, creó los primeros obispados, de Santo Domingo y la Concepción en la Española, y en San Juan en Puerto Rico. Siguió la rápida implantación de la Jerarquía en los territorios, de modo que en el 1546 se pudieron crear tres arzobispados, en Santo Domingo, México y Lima. A los setenta años del Patronato había una treintena de diócesis en América y al finalizar el período llamado colonial (1510-1524) se contaban ocho arzobispados y treinta y cinco obispados. El rey, con la intervención del Consejo de Indias, presentaba los candidatos episcopales al Papa y éste los aceptaba y nombraba. Incluso quedaba para la iniciativa real el señalar y corregir los límites de los nuevos obispados y parroquias, pues Roma no disponía de datos exactos para determinarlos fuera de los que le comunicase la corona. Sin embargo, y esto es importante, la acción pontificia no se limitó a la mera firma de los documentos que el embajador español le presentaba: así, se puede afirmar que la mayoría de los obispos de aquel período, españoles y criollos, fueron personas eclesiásticamente recomendables, entre los que no faltan santos canonizados, como Santo Toribio Alonso de Mogrovejo.

El resultado de toda esta labor evangelizadora en el siglo XVI fue muy positivo. El catolicismo quedaba sólidamente implantado. Las principales órdenes religiosas de España dirigían numerosas misiones en continua expansión, y la vida eclesiástica tenía un camino inaugurado por la acción conjunta del Pontificado y de la realeza, puesto a punto por los reyes Católicos y Carlos I, y organizado sistemáticamente por Felipe II. Dentro de este marco se verificaron las grandes evangelizaciones de Nueva

España y Perú, extendidas a Nueva Granada, Venezuela, Chile, Paraguay. Algunos millones de indios entraron en la Iglesia, aunque la disminución de la población redujera luego esas cifras.

III. LA LABOR EVANGELIZADORA

Los primeros misioneros llegaron con la primera ocupación. En el segundo viaje de Colón iban tres en el grupo encabezado por fray Boyl y en el 1502 llegaron a La Española 17 franciscanos, a la vez que 2.500 colonos. En el 1510 llegaron los primeros dominicos. Para entonces, los franciscanos tenían sus conventos en Santo Domingo, Concepción, Santiago, Puerto Rico, Jamaica, Santa Cruz...

Al irse asentando poco a poco las cosas y aumentando el número de misioneros, la evangelización y conversión de los indígenas se fue regulando. En 1516 el ministro del reino, Cisneros, mandó que ninguna nave zarpara para el Nuevo Mundo sin llevar misioneros a bordo, y en 1526 el emperador Carlos V volvió a repetir el mismo mandato: la colonización y la evangelización debían ir parejas.

Con la llegada de los dominicos a La Española (Haití), se suscitó un enfrentamiento de los colonizadores con los religiosos. Entre aquel grupo de dominicos que fueron a La Española durante el gobierno de Diego de Colón se encontraba Antonio de Montesinos que, en un sermón ante el gobernador dado en 1511, lanza la primera protesta pública contra el trato que en las *Encomiendas* se daba a los indios. La idea central era "que todos vivían y morían en pecado mortal por la esclavitud y el trabajo que imponían a los indios y por el incumplimiento de su deber de evangelizarlos". La acción de los dominicos más que en contra de la encomienda fue en contra de cómo se aplicaba.

Las encomiendas tienen su origen en una rebelión protagonizada por Roldán en tiempos de Colón. El almirante concedió a los secuaces del rebelde parcelas de campo de tamaño suficiente para que en ellas se pudiera cultivar de diez a veinte mil plantas de *cazabe*, entregadas al trabajo de los indios. Los encomenderos eran aquellas personas o instituciones a quienes el rey concede la gracia de la encomienda. Ya en la Instrucción de 3 de mayo de 1509 a Diego Colón, nombrado gobernador, se insertó una cláusula por la cual se impuso a los encomenderos la obligación de proporcionar a sus indios encomendados la necesaria enseñanza religiosa, personalmente o mediante otra persona pagada de su peculio. Vemos, pues, que aparece la evangelización como condición y fundamento de las encomiendas. Al principio los encomenderos contrataron para eso a laicos: se les llamaba, por su misión, *doctrineros*. Al acto de enseñar los fundamentos del cristianismo se le llamó *doctrina* y, por extensión, al propio lugar donde el acto se llevaba a cabo. El concepto de doctrina no llevó aparejada la fijación de un territorio propio sino que, al surgir de una obligación personal dentro de las encomiendas, supuso más bien una vinculación personal del doctrinero con un número fijo de indios encomendados. Cuando en América comenzó a organizarse la Jerarquía eclesiástica, los obispos reclamaron para sí el derecho de provisión de los *curatos* (cargos de cura de almas), alegando que las doctrinas eran hechura de los enco-

menderos, quienes se preocupaban más de sus intereses particulares que del cuidado espiritual de los indios.

Para examinar el asunto que había enfrentado a dominicos y colonizadores, el rey Fernando convocó la Junta de Burgos en 1512, disputando unos y otros: los colonizadores pintaban a los indios con los más negros colores: perezosos hasta el máximo, no se podía lograr nada de ellos si no era por la violencia. Los dominicos, por el contrario, los describían dóciles, pacíficos y sumamente tratables. En la Junta declararon también franciscanos: éstos, mientras reconocían sin duda que se había empleado la violencia y abuso de la fuerza y admitían el estado de turbulencias y banderías de la isla, confesaban también la pereza del indio. Este término medio fue el que se adoptó en las altas esferas. La idea del Consejo de Indias fue de ascensión gradual: primero se había de empujar al indio al trabajo por la fuerza; después, poco a poco, se les había de pasar a semicolonos, en una situación algo semejante a la feudal; más adelante se debía pasar al sistema de contratos de jornal, para llegar a ser dueños y gozar de plena posesión individual y plena libertad personal.

En medio de estas luchas y contiendas, los monasterios ya establecidos proseguían en su vida de actividad apostólica, y se iban levantando otros.

Los jesuítas no fueron admitidos hasta 1566, en tiempos de Felipe II. Fueron, junto con los mendicantes ya nombrados — franciscanos y dominicos — los más eficientes.

Además de una dedicación muy seria a la cura de almas, existía por parte de los misioneros la idea de crear comunidades cristianas compuestas por indios. Fray Bartolomé de Las Casas — acérrimo defensor de los indios — apoyó esta idea, intentando crear esas comunidades en Guatemala. Aceptó el nombramiento de obispo de Chiapas dejando su labor en manos de dominicos y franciscanos. Lo primero que hizo al llegar a su destino fue quitar todos los ídolos y levantar iglesias: lo mismo hacían, como veremos, en todas partes los misioneros. Las iglesias-misión fueron la base de una extraordinaria campaña de conversiones. Un ambiente de honda religiosidad presidía la vida de los pueblos, donde se enseñaba a los indios las labores agrícolas o artesanas, que les proporcionaban los medios de subsistencia. El trabajo era obligatorio, tanto en las pequeñas parcelas de tierra o industrias de su propiedad particular, como en las extensas tierras comunales, fuesen de labor o de ganado, cuyos productos engrosaban los caudales de las cajas de la comunidad, que servían para sufragar las necesidades del culto, personas menesterosas y gastos de colectividad.

Las *reducciones*: Cuando los jesuítas consiguieron el primer asentamiento a orillas del lago Titicaca, en 1576, cristianizaron a los aborígenes y difundieron muchos adelantos técnicos para mejorar la producción de aquella gente. Se fueron extendiendo por el Paraguay también, pero hubo continuas contiendas con los *bandeirantes* que asaltaban los poblados con el fin de capturar esclavos: los indios que los misioneros habían ya formado en técnicas agrícolas les interesaban especialmente, pues eran más rentables. Por *reducción* se entiende la concentración permanente de indios en un poblado establecido por iniciativa del estado, y también las misiones vivas de algunas órdenes religiosas fundadas por su celo apostólico, en las que los frailes constituían el centro organizador de todo orden de la vida espiritual y material de los poblados y aldeas indígenas. Las reducciones

bautizaron los capellanes de las expediciones militares o también, en entradas particulares, religiosos o clérigos solitarios que, aun sin conocimiento de las lenguas indígenas que les permitiese preparar suficientemente por sí mismos, sin ayuda de intérpretes, a los adultos en el conocimiento de lo esencial de la fe, bautizaban a niños y predicaban a los demás. Después los misioneros, ya descubiertas y estudiadas las lenguas, deducidas las gramáticas, formados los primeros vocabularios, predicaron a los indios en sus idiomas respectivos y, tras repetidas pláticas doctrinales a lo largo de meses de trabajo agotador, bautizaban a los adultos suficientemente informados que pedían insistentemente el Sacramento.

La primera de las dos fases aludidas puede denominarse heroica y misional la segunda. Todavía podría considerarse una tercera etapa, alcanzada cuando, ya fundados los pueblos indígenas, erigidas y organizadas las parroquias, la cristiandad indígena entró en los cauces normales de la vida espiritual y de la práctica religiosa.

A) LA ETAPA HEROICA

La etapa heroica destaca, sobre todo, en las Antillas, México, Panamá y Perú. Los indios contemplaban la llegada de los conquistadores, les veían destruir sus dioses; tal vez escuchaban a un indio intérprete el anuncio del Dios todopoderoso, presenciaban atónitos la erección del Signo Redentor y la adoración que de él hacían, rodilla en tierra, los aparecidos dominadores. La elemental teología que les era explicada lograba a duras penas atravesar la sombría maraña de sus conciencias paganas. Este primer contacto con los cristianos no dejaba en los naturales sino estupor y perplejidad ante sus dioses derribados por el suelo o quemados por el fuego. El capellán bautiza a los niños cuyos padres lo permiten. A veces, a imitación de esta primera ceremonia, más padres conducen a sus hijos ante el sacerdote para que los bautice; otras, un cacique o indio principal, conmovido por tales explicaciones y ceremonias, pide ser bautizado como homenaje al verdadero Dios que vislumbra; e incluso, a tal ejemplo, otros indios piden también ser bautizados con una ingenuidad semejante a la del capellán que en tal caso lo administra.

Los capellanes de la conquista iniciaban su tarea inmediatamente, según la orden: "En llegando los capitanes del rey a cualquier provincia y descubrimiento, hagan luego declarar la santa fe a los indios" (Recopilación de Indias, Ley II, título I, libro I). La destrucción de los ídolos era asimismo de orden real. Era una forma de penetración religiosa primaria y apresurada. Con frase de la conquista del Perú "predicaban al vuelo, daban un pregón del Evangelio a prisa, andaban en busca de algunos indios, decíanles algo de la fe, tal o cual se bautizaba"... y seguían después con la tropa campo adelante. Cabía que, para los indios no bien informados, el bautismo pudiera ser interpretado como una ceremonia de paz, o que, pasados los primeros momentos del contacto inicial, se alzasen contra los españoles: y esto no fue demasiado excepcional. El Papa Paulo III en 1537 dispuso condiciones previas de catequización y otras de ceremonial que debían observarse en adelante, salvo en casos de necesidad urgente.

Independientemente del modo militar, al tiempo de la conquista o muchos años más tarde, otra modalidad de heroísmo en la conversión se desa-

contaban con el apoyo de la corona que mandaban a las autoridades coloniales que les prestaron toda la ayuda necesaria.

Las reducciones de los jesuítas tenían un esquema fijo: a semejanza de los pueblos españoles, lo común era la plaza central que servía de mercado y en torno a la cual se levantaba la iglesia con la escuela aneja, el edificio del Consejo, que albergaba la cárcel y la sala donde se administraba la justicia, y una posada para los peregrinos. Las casas se alineaban formando cuadras a lo largo de calles que se cortaban transversalmente. Si bien cada pueblo tenía sus propias autoridades civiles, los religiosos no sólo ejercían el gobierno espiritual sino, en la práctica, también el temporal. Ellos administraban justicia, dirimían cuestiones de herencia y otros pleitos, cuidaban de los enfermos y necesitados, dirigían la economía, etc. A la vez, no se olvidaban en absoluto de formar a toda aquella gente, no buscando el beneficio propio, aunque siempre pueda haber una excepción.

La unidad de producción de las reducciones es la comunidad: en ella se organizaba la división del trabajo — agricultura, ganadería y artesanía — encargándose cada localidad de producir todos sus objetos de consumo y cogiendo la Compañía los excedentes; de toda la producción se hacía el reparto, destinando una parte al sustento, otra al trabajo esporádico en tierras de usufructo jesuítico y otra a la comercialización fuera de la comunidad. Los fondos obtenidos por el comercio volvían en una pequeña proporción convertidos en artículos no producidos allí; una parte mayor se dedicaba al culto y mejora de las iglesias, y otra tercera parte era para construcciones civiles.

Cuando los jesuítas habían llegado hasta el río de la Plata, Carlos II dio el orden de su expulsión, pasando entonces los indios a depender de una estructura administrativa que se encargaba de la gestión de sus bienes. Lo único que se consiguió fue la desaparición de las reducciones por la huida de los indios, el saqueo de los bandeirantes y la rapiña de los administradores.

IV. ETAPAS DE LA EXPANSION DE LA FE

El bautismo era la primera cristalización de la finalidad tenazmente perseguida por la Iglesia y el estado. Con él los indígenas eran recibidos en la familia cristiana, hechos hijos de Dios y herederos de su gloria. Los misioneros comenzaban así a cosechar la mies. El bautismo significaba, además, la extirpación de las magias, sacrificios humanos, falsos dioses y abominables costumbres y, por tanto, una nueva etapa en el camino de la verdadera civilización. Bautizar era, también, para los misioneros cumplir la orden de Jesucristo a sus discípulos: “Id y predicad el Evangelio a todas las gentes y bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, comenzando así por hacer a los indígenas participantes de los sacramentos. Era, pues, comenzar a realizar su auténtica obra en las Indias: de ahí el anhelo fervoroso por impartir las aguas bautismales entre los nuevos súbditos del rey de España.

Se pueden establecer dos fases — aunque no de modo riguroso y clasificador — en la manera como se produjo el bautismo de los indios, principalmente en los primeros tiempos del dominio del Nuevo Mundo. Primero

rollaba frecuentemente si los clérigos o religiosos llegaban a aquella o a otra tierra por vez primera o se quedaban entre los indios acabados de conocer cuando la tropa proseguía su camino, autorizados por los jefes de la expedición. Se dio como muy normal la aventurada empresa acometida por uno o dos religiosos solitarios, amparados por sus crucifijos, descalzos, extenuados por la fatiga de un largo caminar, que se adentraban en el paraje perdido en la montaña o encharcado por los ríos crecidos, siguiendo el rastro de las cruces aún en pie, que se dirigían a realizar la verdadera conquista espiritual de los habitantes de tal o cual región. No conocían la lengua hablada en la tierra ni el fervor por la evangelización les había dejado tiempo para aprenderla. Con signos de amistad y valiéndose de algún indio de lengua semejante, ya cristiano, que solía acompañarles, iniciaban la tarea apostólica trabajosamente.

La evangelización de los indios del Perú fue más lenta y dura que en las Antillas y México. A ello contribuyó, en primer lugar, su posterior descubrimiento y conquista. Por otra parte era hostil el suelo, erizado de gigantescas montañas. Pero, sobre todo, habían producido una profunda conmoción las largas y crueles guerras civiles encendidas entre los conquistadores, divididos en bandos rivales, y las luchas posteriores contra los bravos indios. Por último el Perú, apartado de las rutas de navegación que entonces seguían los españoles, fue menos poblado que los países vecinos, y la ignorancia de la lengua indígena dificultaba la predicación. Por todos estos factores, la gente quechua no fue realmente evangelizada hasta mediados del siglo XVII.

Esta primaria forma heroica de apostolado que, como antes se ha dicho, no tiene sujeción a fechas ni lugares y que acabamos de ver que en algunos territorios de Perú se adentró mucho en la segunda mitad del siglo siguiente, rudimentaria e insuficiente por la fuerza de las circunstancias, era, sin embargo, un primer paso, no indispensable pero sí anterior en ciertos lugares a la auténtica misión que constituye otra etapa, la más importante, tanto por su originalidad como por su variedad, expansión y profundidad.

B) LA ETAPA MISIONAL

De la labor misionera hemos hablado ya en el capítulo III a propósito de la evangelización como tal. La misión fue, de todas las instituciones que España fundó en el Nuevo Mundo, la propiamente indiana o, mejor todavía, criolla. Las demás habían nacido en el viejo continente y fueron adaptadas o simplemente transplantadas al nuevo tal y como eran en la metrópoli. De España procedían gobiernos y municipios, retocados según las necesidades del mundo indiano; intactos, sin la menor alteración se aclimataron a los dominios ultramarinos obispados, catedrales, parroquias, hospitales y cofradías. Españoles eran los organismos militares, navales y fiscales, como asimismo todas las prácticas oficiales y burocráticas. Se trataba de implantar toda nuestra vida estatal, social y económica en las Indias, como se injertó la propia sangre hispánica en las razas aborígenes. Mas para lo vertebral de la obra fueron creados dos instrumentos transcendentales: en lo religioso, la misión; y en lo propiamente organizador, las leyes especiales para Indias.

La organización y funcionamiento de las misiones fueron muy flexibles, dando lugar a instituciones de muy diferentes estilos y funcionamiento di-

verso; pero la identificaba a todas el objeto — los indios — y el fin: su conversión y civilización.

Fueron las misiones creación de las órdenes religiosas que en las Indias se entregaron a un gigantesco y extenuante esfuerzo, en tensión permanente de siglos. Esfuerzo individual que devoraba a los hombres los mejores años de su vida y sus mejores energías. Y esfuerzo colectivo que diezaba los conventos de España en una constante y exhaustiva recolección de sus miembros más virtuosos.

Los religiosos penetraron y fundaron sus misiones por todas las tierras, llegaron a todos los climas, pasaron todos los montes y ríos, entraron en contacto con todas las tribus, estudiaron todas las lenguas y se adiestraron en ellas para predicar, enseñar, confesar, instruir a los naturales en la fe y en los usos de la vida civilizada; y escribieron, para auxilio de nuevos misioneros, gramáticas, vocabularios, catecismos, sermonarios, explicaciones del Evangelio en esos idiomas, dejando realizada con ello una impresionante tarea lingüística, aunque no fuera ese su objetivo.

Fue una verdadera batalla la del dominio de las lenguas indígenas. La difusión idiomática fue un problema paralelo a la evangelización. Los primeros misioneros se encontraron con un abismo de mutua incompreensión que les separaba de los indígenas. Para salvarlo y lograr la posibilidad de entendimiento se intentó primero que los indios aprendieran el castellano y, para ello, fueron enviados a Sevilla muchachos indígenas para ser criados y educados en el convento dominico de aquella ciudad y para que, habiendo aprendido el castellano y la doctrina cristiana, pudiesen ser utilizados como intérpretes por los misioneros.

Se hicieron esfuerzos simultáneos para difundir el castellano y para aprender — por las dificultades de los religiosos, al ver que los indios no comprendían el significado de lo que les explicaban — las lenguas nativas, que existían en multitud: así podrían predicar y confesar a los indios sin el riesgo de falsas interpretaciones.

El estado actuó en la misma línea: si por un lado, pues, se establecían cátedras para la enseñanza de lenguas indígenas, por otro se mantenía también el empeño de la propagación del castellano para que los indios pudiesen hacer sus reclamaciones (Cédula de 20 de julio de 1686), como se dispuso que fueran preferidos para los oficios de alcaldes y regidores de pueblos indios los que supieran castellano (Cédula de 25 de junio de 1690). No obstante, los territorios de más lenta penetración y aquellos en los que se establecieron reducciones, donde los religiosos mantuvieron el uso exclusivo de lenguas nativas, pueden aún reconocerse por el escaso dominio del castellano, así como en las zonas menos accesibles. Pero con todo, el ejemplo de difusión de una lengua culta en un ámbito tan extenso no tiene paralelo.

Pero vamos a detenernos en cómo los españoles aprendieron las lenguas indígenas como medio para propagar la fe. Ya al comienzo Román Pané, uno de los eclesiásticos llegados a La Española con fray Boyl en 1493, aprendió la lengua de los indios, y ella era su medio de expresión para la predicación. Desde luego, más fácil que a los aborígenes aprender y comprender el castellano era aprender las nuevas lenguas para hombres doctos como los eclesiásticos: ya equipados de latín y aun de griego, además del español, estudiados gramaticalmente y siendo, por tanto, conocedores de

sus estructuras y flexiones, podían descubrir las de las extrañas lenguas indígenas por muchos y grandes que fuesen los esfuerzos necesarios.

El aprendizaje de la lengua azteca por parte de los primeros misioneros fue durísimo, porque tenían que tomar al oído las palabras — o lo que les parecían tales — e ir elaborando pacientemente vocabularios con los que poder más tarde construir una gramática por procedimiento analítico. Esta descomunal tarea la comenzaron tres frailes franciscanos flamencos, enviados por el emperador Carlos en 1523, y la continuaron los llamados *doce apóstoles* de México, asimismo franciscanos. Urgidos por la tarea de evangelizar, sin querer esperar al dominio de la lengua, la comenzaron por gestos. Tomaron luego la iniciativa de emplear a los propios niños indios como sus maestros de la lengua, aunque tal cosa no les facilitaba demasiado la tarea. Tuvieron una ayuda inesperada cuando tomaron para su educación a uno de los hijos de la viuda de un español que, acostumbrado a jugar con los niños indios, conocía su idioma. Este muchacho fue primero intérprete en la predicación y maestro de los religiosos de la lengua indígena y, más tarde, tomó el hábito franciscano y llegó a ser uno de los elementos más valiosos en la conversión, tarea a la que dedicó toda su vida: fue fray Alonso de Molina. Pero, entretanto, los religiosos, inspirándose en la escritura jeroglífica usada por los mexicanos, escribieron catecismos asimismo jeroglíficos para hacerles comprender la doctrina y enseñarles las oraciones principales. El método era a todas luces incapaz de resultados eficaces y sin posibilidad de comprobación por parte de los predicadores; pero era el único y a él se entregaron a la par que al estudio del idioma. Poco a poco sus oídos fueron familiarizándose con la extraña fonética y pusieron tal voluntad en el empeño, que a los seis meses ya entendían a los indios y algunos hasta se atrevían a aventurar respuestas. Pero ninguno soñaba aún con poder predicar, pues tal vez podrían sembrar errores por un incompleto conocimiento de la lengua. En cuanto fue posible, fray Francisco Ximénez escribió una gramática y, con este valioso auxilio, sus discípulos hicieron la versión de la doctrina cristiana a lengua mexicana. Una vez conseguidos estos primeros y magníficos resultados, la actividad de los franciscanos se aplicó al mismo tiempo al perfeccionamiento de sus conocimientos lingüísticos y a preparar a muchachos indios para que pudiesen servir como intérpretes que, en su lengua materna, explicasen cuanto de cosas de fe les enseñaban los frailes. “Y así, estando el religioso presente y habiéndole declarado al mozo los conceptos en que antes le tenía industriado como intérprete del religioso, predicaba en su nombre todo lo que le había dicho, lo cual bien entendía el misionero aunque no se atrevía a predicarlo personalmente, y echaba de ver si iba enteramente dicho o si había en ello alguna falta. Yo — continúa Mendieta, franciscano que llegó posteriormente — que esto escribo llegué a tiempo que aún no había suficiencia de frailes predicadores en las lenguas de los indios y predicábamos por intérpretes y entre otros me acaeció tener uno que me ayudaba en cierta lengua bárbara y habiendo yo predicado a los mexicanos en la suya que es la más general, entraba él vestido con su roquete y predicaba a los bárbaros en la lengua lo que yo a los otros había dicho, con tanta autoridad, energía, exclamaciones y espíritu que a mí me ponía hasta envidia de la gracia que Dios les había comunicado”.

Cuando los misioneros iniciaron sus tareas se hablaban en el territorio

de Nueva España una muchedumbre de lenguas diferentes; gracias al esfuerzo de los religiosos se salvaron y fijaron cincuenta y una, con más de setenta dialectos, clasificadas hoy en once familias idiomáticas, a las que pertenecen como principales: el azteca o mexicano con el nahualt su semejante, y cinco dialectos; el otomí, con seis; el huasteco, con dos; el totoneco, con cuatro; el maya, con cinco; el mixteco, con nueve; y otros quince, usados en el sur del país que fue el primer escenario de la batalla por la conquista de la palabra indígena.

La obra cultural llevada a cabo durante la colonización y evangelización es también impresionante. En épocas como las que cubren los tres siglos de colonización española, a pesar de las dificultades lógicas, el despliegue fue muy apreciable. Apenas treinta años después de la conquista, México tenía universidad, y menos aún transcurrieron cuando se erigía la célebre de San Marcos de Lima. La primera de las Antillas fue la de Santo Domingo y antes de concluir el siglo XVI había universidades en Quito y Cuzco. A finales del siglo XVIII eran catorce las existentes. Si a esto unimos la temprana introducción de la imprenta — México la tuvo desde 1532 — cuando muchísimas ciudades europeas carecían de ella, nada puede extrañar el desarrollo de grandes centros de cultura, pues, si bien algunos territorios (Buenos Aires y Caracas) sólo tuvieron imprenta tardíamente, también existían otros móviles, incluso en territorios misionales. La categoría intelectual de muchos eclesiásticos y religiosos, la altura de gran parte de los funcionarios enviados por la corona, especialmente los presidentes de las Audiencias y oidores y el hecho de pertenecer a la alta nobleza los virreyes y no pocos capitanes generales originó una actividad cultural en las principales poblaciones que permitió un estrecho paralelo con España. A ello contribuyó el continuo envío de libros, hasta el extremo de que obras como el *Quijote* tuvieran una difusión más rápida en América que en España. Así, no extrañarán figuras como la Amarilis de Lima, sor Juana Inés, Sigüenza y Góngora, el mestizo Espinosa Medrano, Ruiz de Alarcón, etc.

V. CONCLUSION

El sistema español fue único y uniforme: primero avanzaban los conquistadores, a quienes siguen los colonos, que van sembrando de ciudades el territorio ocupado... Al mismo compás fue la conquista religiosa: en las ciudades comenzaron por establecerse los religiosos y por inaugurar la vida cristiana y eclesiástica en toda su extensión y en todo su vigor. Desde las ciudades, como desde centros de irradiación, irradian su actividad religiosa en la región circunvecina. Como segundo paso, van estableciendo conventos o, al menos, casas centrales, cada vez más hacia el interior, entre los indios, y alejándose de los centros coloniales. Desde aquellos centros atienden a varias reducciones o misiones o pueblos.

Desde el primero momento, al ir surgiendo las ciudades coloniales, surgen también las sedes episcopales y va organizándose la Jerarquía en toda su vitalidad. Con esto se puede dar por terminada la primera fase de la conquista, así material como espiritual. Queda todavía el ímprobo trabajo de perfeccionar, conservar e intensificar lo adquirido y, al propio tiempo, ir

avanzando hacia los puntos distantes, lo cual realizaron sobre todos los religiosos.

El fin primordial y típico de las misiones es llevar el *medio de salvación* a los pueblos gentiles, establecer la Iglesia Jerárquica allí donde todavía no lo está, para que todos puedan salvarse. Esto es lo que hicieron en América los que casi antes de predicar la *Nueva de la salvación* pensaban en establecer el *Medio de la salvación*. “Los españoles — dice el historiador Charles — en todas partes aparecen como constructores: iglesias, catedrales, monasterios, hospitales, palacios de los gobernadores, fuertes que defienden todo esto. Ellos crean no *mesas de cambio* o *factorías*, sino *ciudades* permanentes, tanto en el orden temporal como en el espiritual. Su idea, desde el principio, es la misma: adquirir toda la región para la Iglesia Católica”. La América hispana, como Filipinas, demuestra que obtuvieron un resultado que nadie ha obtenido.

Este resultado no fue fortuito, sino fruto de la premeditación: se promueve y se ejecuta consciente y perseverantemente la creación de obispados y la institución de conventos, etc., al compás de la ocupación militar y política. De este modo, el dato es elocuente: antes de un siglo había en la América hispana de tierra firme — sin contar las Antillas — cinco arzobispados, veintisiete obispados, cuatrocientos monasterios y unos catorce millones de indios bautizados.

Como la conquista y la evangelización fueron a veces simultáneas, se suscitó el complejo problema de los procedimientos usados con los indios. Es difícil e ingenuo negar muchos hechos de crueldad y rapiña, pero no se puede reducir a ellos la historia de aquella cristianización. Hubo grandes sombras y grandes luces, y es difícil separar en ese cuadro lo religioso de lo profano, lo misional de la exploración o conquista.

MARÍA LUISA GARCÍA SANCHIDRIÁN
Catedrático

OBRAS CONSULTADAS:

- A. BALLESTEROS, *Historia de América*, tomo XVI: La Iglesia y los eclesiásticos españoles en la empresa de Indias. Salvat, 1954.
- F.J. MONTALBAN, *Manual de historia de las misiones*. Pamplona, 1938.
- R. KONETZKE, *América Latina, II: la época colonial*. Siglo XXI, 1981.
- GRAN ENCICLOPEDIA RIALP. Madrid, 1972.

La familia marista se dispone a celebrar los cien años de la llegada de los hermanos maristas a España. Un centenario de rica historia en tierras españolas. Los preparativos son muchos y no se regatearán esfuerzos en la celebración. Todos los miembros de la gran Familia marista están empeñados en que el acontecimiento sea significativo y tenga resonancia en sus vidas. Es un acontecimiento único e importante, y como tal hay que celebrarlo. Hermanos, alumnos, antiguos alumnos, padres de alumnos, amigos y simpatizantes de la Familia marista están dispuestos para que así sea.

Pero ya desde ahora sería muy conveniente hacerse esta pregunta:

- ¿Qué significa celebrar el primer centenario de la llegada de los hermanos maristas a España?

Profundizar en el sentido de este interrogante nos va a permitir ir más lejos del programa de actividades que queremos llevar a cabo. Porque una celebración no es algo que se *hace*, sino algo que se vive, que acontece. Y de tal manera que afecta a la vida entera y llega a cambiarla. Celebrar un acontecimiento como éste compromete a la persona en totalidad, Exige *meterse* en el pasado del acontecimiento, *prometer* hacia el futuro y *comprometerse* en el presente. Celebrar este acontecimiento nos va a exigir a todos re-vivir cien años de historia, mirar con agradecido cariño a los hermanos que nos han precedido, peregrinar a nuestros orígenes. Nos va a exigir generosa entrega hacia el futuro marista en España apostando por la continuidad de la obra y del espíritu marista. Y nos está pidiendo a gritos que nos comprometamos con la realidad marista de hoy asumiendo y viviendo el ideario educativo marista siendo testigos del mensaje de Marcelino Champagnat.

No es tarea fácil. Sumergidos como estamos en la sociedad de consumo, preocupados fundamentalmente por el hacer y el producir, con más ansias por el tener que por el ser, nos hemos incapacitado para celebrar. Sabemos poco de la gratuidad, del silencio y de la alegría profunda. Tampoco logramos comunicarnos fácilmente en una forma sencilla y espontánea. Hemos perdido el sentido del humor y de lo lúdico. Y sin estas actitudes no puede haber celebración, no puede haber verdadera fiesta.

Celebrar pide, ante todo, tiempo para mirar la vida. Pide, en cierta forma, «saber perder el tiempo». Ser capaces de detenernos en medio de tanta actividad para descubrir la acción de Dios en nuestra historia, para reconocer hoy los beneficios de ayer... Y este reconocimiento-acontecimiento es lo que hace surgir la acción de gracias, la alabanza, la alegría... Todo lo cual constituye la celebración.

Celebrar es, por tanto, reconocer alegremente lo que somos y lo que hacemos. Lo que tenemos. Sin triunfalismos ni vanagloria. Con sencillez y humildad. Con la esperanza de no «envejecer» porque es el Espíritu quien hace nuevas todas las cosas, todas las personas, todas las obras... Él es quien dirige la historia de la Familia marista en España y quien hará de este año centenario una renovación, un cambio, un nuevo nacimiento en cada uno de nosotros. Con todo lo que esto significa de sacrificio y de vida, de muerte y de resurrección, de misterio pascual cristiano.

Hay que otear el porvenir siguiendo la huella de Marcelino Champagnat. Que el Espíritu nos haga capaces de nuevos estilos de vida, de nuevas formas de trabajo, de nuevos modos de existencia que hagan presente el futuro que deseamos:

- La paz, el amor, la justicia y la fraternidad entre los hombres.

En el gozo de Cristo y bajo la mirada de María, nuestro Recurso Ordinario, sepamos contemplar confiadamente el porvenir. Particularmente nuestro porvenir marista en España.

V.F.G.

D. JAIME FLORES MARTIN Y EL PONTIFICIO COLEGIO ESPAÑOL DE SAN JOSE, DE ROMA

Hace diez años, el 15 de septiembre de 1974, fallecía el que fuera obispo de Barbastro, don Jaime Flores Martín, quien anteriormente había sido rector del Colegio Español de Roma y superior general de los Sacerdotes Operarios Diocesanos. Hoy traemos a nuestras páginas una evocación de monseñor Flores escrita por otro operario diocesano, actualmente rector del Colegio Español de Roma.

Habría que contarles cada año a los nuevos alumnos del Colegio Español de Roma la historia de don Jaime. Porque su figura brilló, con humildad y fuerza, durante quince fecundos años de la vida del Colegio, tal vez los de más espléndidas cosechas.

Y es de justicia rendirle hoy, en el décimo aniversario de su muerte, el homenaje de nuestro recuerdo extrañable, pues don Jaime fue, ante todo y sobre todo, un hombre que amó con pasión a la Iglesia y se sacrificó por ella.

No tuve la suerte de tenerle de rector. Y escribo desde Madrid, sin documentos de archivo ni datos particulares. Son tantos, no obstante, los testimonios que he oído acerca de don Jaime, que no me resulta difícil trazar los rasgos más sobresalientes de su personalidad humana y sacerdotal. Me atrevo a hacerlo. Otros podrán decir si me equivoco.

Voy a fijarme en don Jaime, rector del Colegio Español de San José, de Roma. Allí fue donde adquirió nombre y popularidad y allí escribió una

página notablemente importante de la historia del Colegio.

Formador de sacerdotes

De don Jaime casi podría decirse que era su corazón un corazón apasionado. Y su primera gran pasión, Jesucristo sacerdote. En sus quince años de rectorado, de 1942 a 1957, su «obsesión» no era otra que la de formar sacerdotes sabios y cultos que renovaran después los seminarios, los estudios eclesiásticos y las parroquias de España. La aportación más valiosa que él hizo a la Iglesia española fue, sin duda, ésta: la formación de más de cuatrocientos sacerdotes que pasaron por sus manos en el Colegio.

El sacerdocio lo era todo para él.

Vivía para el sacerdocio. La preparación de las ordenaciones y la fiesta sacerdotal de San José (¡cuando florecía la vara!) ocupaban cada año un puesto destacado en el programa de actividades del curso. Martín Descalzo ha dejado un buen testimonio de ese ambiente en su libro «Un cura se confiesa».

La materia de sus pláticas, más «piadosas» y encendidas que elocuentes y originales, era casi siempre la «Carta a los hebreos», que él comentaba con unción y entusiasmo, remachando siempre en las mismas ideas.

Pero la fuerza de don Jaime estaba, sobre todo, en el testimonio de su vida. Enseñaba con el ejemplo; formaba contagiando las virtudes sacerdotales.

La oración

Don Jaime estaba convencido de que el sacerdocio cumple también su función de ministro de Cristo mediador con la oración. Y se pasaba largas horas de oración en el último banco de la capilla, al amanecer o en plena noche, adormilado a veces, pero con el corazón en vela siempre.

La fe se asfixia cuando se contrae la oración. El lo sabía, y que el sacerdote, como el justo, debe vivir de la fe. Por eso en el silencio aspiraba el aliento de Dios.

La eucaristía

El gran amor de su vida estaba en el sagrario: Jesucristo Sacramentado. En esto era un fiel imitador del fundador del Colegio, el venerable Manuel Domingo y Sol, quien repetía una y otra vez: «Lo que ha de sostener la obra, vivificar a sus individuos y obtener gracias, es el ser reparadores del Corazón de Jesús Sacramentado. La vida del operario debe ser el amor y reparación al Corazón de Cristo Jesús, lo mismo en los actos **privados** que en los de su **ministerio.**»

A impulso de ese amor organizó la adoración en el Colegio. ¡Y cómo disfrutaba al introducir bajo la bandera a los nuevos miembros de la adoración! Entre los afiliados se encontraba un personaje ilustre, don Joaquín Ruiz-Giménez, entonces embajador de España cerca de la Santa Sede.

Se conmovía profunda y visualmente en la fiesta del reservado, al aniversario de la instalación del Santísimo Sacramento en la capilla. En la misa y en la solemne procesión por el Colegio se transfiguraba, empapado de gozo y devoción.

No se trataba, en su piedad eucarística, de puro sentimiento, sino de hondura vivencial teológica en el misterio que está al origen y en el centro de la vocación y ministerio sacerdotal. «Si Cristo dijo «tomad y comed», ¿qué he de hacer yo —diría más tarde—, sino dejarme comer de todos?». Este era su talante de formador.

Amor a la Iglesia y al Papa

Este amor era, indudablemente, una de las actitudes fundamentales que intentaba inculcar, por todos los medios, en los alumnos del Colegio.

Eran los tiempos del glorioso pontificado de Pío XII. Se hablaba de «rehacer el mundo desde sus cimientos». Los católicos españoles que venían a Roma gritaban con entusiasmo: «España por el Papa». Asombraba a todo el mundo la sabiduría y cultura del hierático Pacelli. Sin apenas darnos cuenta se iba preparando al terreno para el Concilio.

Don Jaime era hijo de su tiempo y manifestaba su hondo sentido de

Iglesia y de comunión con el Papa, al estilo de entonces, con un aire «triumfalista», con cierto tono apologético y «devocional». Gritaba ante el Papa como un joven enardecido. Pero hacía bien a los alumnos, les confortaba frente a las incertidumbres y actitudes constestatorias que empezaban a despuntar en la Iglesia. Acompañaba, entusiasmado, a los colegiales a las celebraciones papales, enormemente contento por haber sido elegido el Colegio Español para servir en San Pedro en dichas celebraciones.

Espíritu misionero y universal. Bondad

Otra actitud de don Jaime, formador de sacerdotes, que más tarde ha subrayado vigorosamente el Vaticano II en la nueva autocomprensión que la Iglesia ha hecho de sí misma, era el espíritu universal y misionero.

El tenía vocación misionera. Se le desbordaba el corazón en la celebración del Domund y soñaba con África, América y Oceanía. Era un sacerdote interiormente libre, desprendido, disponible para el «servicio del Evangelio», y así quería que fueran los alumnos del Colegio.

Y junto a eso, la bondad. Le traicionaba el corazón, y los alumnos lo sabían. Quizá abusaban un tanto de su bondad y, algunos dicen, de su credulidad: se le ganaba fácilmente con pequeños gestos «piadosos».

Su bondad trascendía el Colegio. El fundador había dicho: «Que no se diga de un operario que pudo hacer un bien y no lo hizo.» Lo cumplió fielmente. A las religiosas españolas en Roma las abrió las puertas del

Colegio en las horas difíciles de la invasión alemana y aliada. Era un padre para todas. Ayudaba en las nuevas fundaciones, promovía causas de beatificación, prestaba toda clase de atenciones y servicios.

Apertura a los tiempos nuevos

No era don Jaime un revolucionario, por supuesto. Pero estaba abierto a todo lo bueno que podía surgir en Roma y fuera de Roma, tocante a formación seminarística, renovación sacerdotal y apertura al mundo.

Animaba al estudio de las lenguas modernas y alentaba de buen grado las iniciativas de sus más directos colaboradores (Javierre, Piñero...) Habría que recordar «Estría», palestra de importantes poetas jóvenes, las semanas de Cine-forum, los ciclos de conferencias y conciertos y tantas otras actividades que se desarrollaban por aquellos tiempos en el Colegio.

Colegio nuevo

Finalmente, hay que decir que a los desvelos y al celo infatigable de don Jaime se debe principalmente la construcción del nuevo edificio en Vía de Torre Rossa. Antes, en el palacio Altemps, su constancia y tenacidad habían logrado la transformación completa de la casa. Su sucesor, don Germán Mártel llevaría a feliz término las obras del Colegio nuevo.

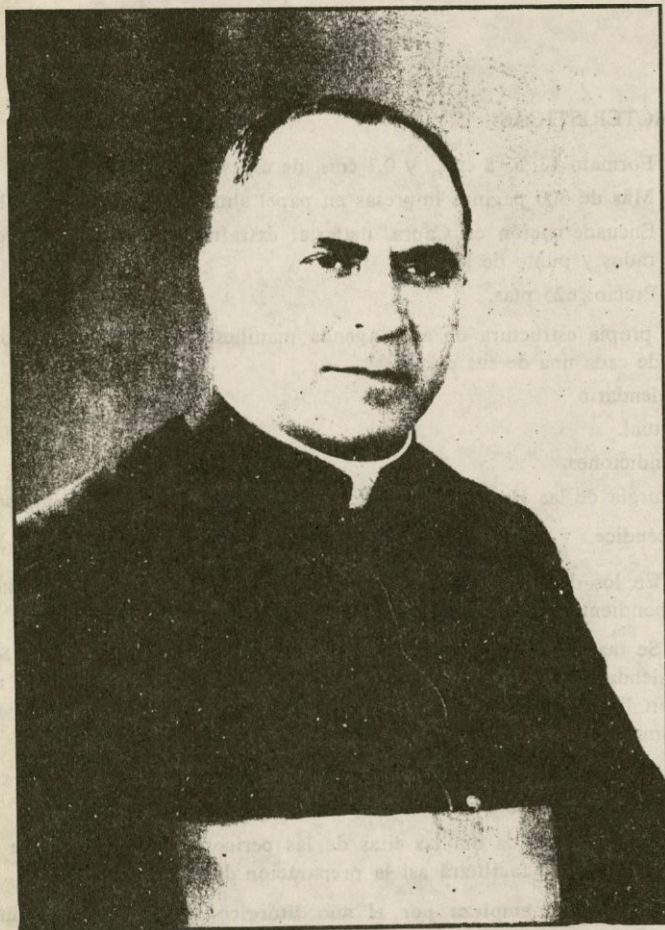
En los anales de la historia del Colegio, don Jaime Flores ocupa un lugar destacado. Su recuerdo nos ha-

ce bien y nos estimula fuertemente a cuantos trabajamos en el campo de la formación sacerdotal, a entregar la vida, como él, a fin de que el mundo

tenga los sacerdotes que hoy necesita.

Julio GARCIA VELASCO

Rector del Colegio Español. Roma



**Don Jaime
Flores
Martin**

AGENDA ECLESIASTICA HOFMANN 1.985

AÑO XXV

CARACTERISTICAS:

- Formato 13 × 8 cms., y 0,7 cms. de espesor.
- Más de 300 páginas impresas en papel ahuesado especial, tipo Biblia.
- Encuadernación en Capra, material extrafuerte y flexible, cortes dorados y punto de lectura.
- Precio: 625 ptas.

La propia estructura de esta Agenda manifiesta el contenido y posibilidades de cada una de sus partes:

- 1.—Calendario.
- 2.—Ritual.
- 3.—Bendiciones.
- 4.—Liturgia de las Horas: Hora intermedia y Completas (dos formularios).
- 5.—Apéndice.

— En los domingos de todo el año se indica la «Semana del Salterio», correspondiente a la Liturgia de las Horas.

— Se mantiene en su día propio, señalados entre paréntesis, los Santos del Calendario Romano Universal y del propio de España, cuando no se celebran litúrgicamente por ceder ante una feria privilegiada de Adviento, Cuaresma y Pascua, o por coincidir con un domingo o solemnidad.

— Se señalan también las fechas de comienzo de las principales «novenas», que están arraigadas en la piedad popular.

— Figuran en cada día las citas de las perícopas bíblicas, que se utilizan en la Misa. Se facilitará así la preparación de la homilía diaria.

— La Agenda empieza por el año litúrgico (2-XII-84) y termina el 31-XII-85).

— Se vende la Agenda en la Editorial Hofmann, S. A. c/ Platero Suárez, 11 — Apartado 333 — 46009 Valencia (España).

VIERNES SANTO

COLECTA

*para TIERRA SANTA en todas las
iglesias del mundo.*

NORMAS SOBRE LA COLECTA

Los Sumos Pontífices León XIII, Benedicto XV y Iuan XXIII, en sus Breves respectivos, Salvatoris, Inclytum y Sacra, ordenan lo siguiente:

«Con nuestra Apostólica Autoridad, en virtud de las presentes y a perpetuidad, los venerables Hermanos Patriarcas, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios de todo el orbe, en *virtud de santa obediencia* sean obligados, cada cual en cada iglesia parroquial de su diócesis, a hacer que, *al menos una vez por año*, en el Viernes Santo u otro día que cada Ordinario a voluntad señalare, sean expuestas a la caridad de los fieles las necesidades de los Santos Lugares. Con igual autoridad, expresamente prohibimos que nadie se atreva ni presuma invertir o mudar en otros usos las limosnas de cualquier modo recogidas para Tierra Santa. Ordenamos, además, que las limosnas así reunidas las entregue el Párroco al Obispo y el Obispo al Comisario de Tierra Santa más próximo de la Orden de San Francisco, el cual deseamos ponga cuidado en enviarlas cuanto antes, según suele hacerse, al Custodio de los Santos Lugares».

¿Para qué llevar dinero?

MULTICARD



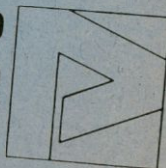
BANCO POPULAR ESPAÑOL

VISA

Nuestro Banco siempre está abierto para Vd.

PERCIBA SUS
INGRESOS Y PAGUE
SUS RECIBOS
A TRAVÉS DEL
BANCO POPULAR
ESPAÑOL
SE EVITARÁ MUCHAS
MOLESTIAS

**BANCO
POPULAR
ESPAÑOL**





VINOS DE MISA **DE MULLER, S. A.**

Casa fundada en 1851 - TARRAGONA

Medalla de Oro en la Exposición

Vaticana de 1888 (S. S. León XIII)

Proveedores de Su Santidad Pío X, Benedito XV, Pío XI, Pío XII y Juan XXIII

GARANTIA DE ABSOLUTA PUREZA - EXQUISITA CALIDAD

Cliente distribuidor: Bodegas DUEÑAS - Plaza del Peso, 6 - Tel. 212998 - SALAMANCA

Fábrica de velas y velones litúrgicos

- LAMPARAS CERA PARA ALUMBRADO DEL SANTISIMO (7 días de duración)
- LAMPARILLAS PARA LAMPADARIOS
- CIRIOS DE TODAS LAS CLASES, etc.
- VASOS PARA LAMPADARIOS
- CAPITELES DE TODAS LAS MEDIDAS

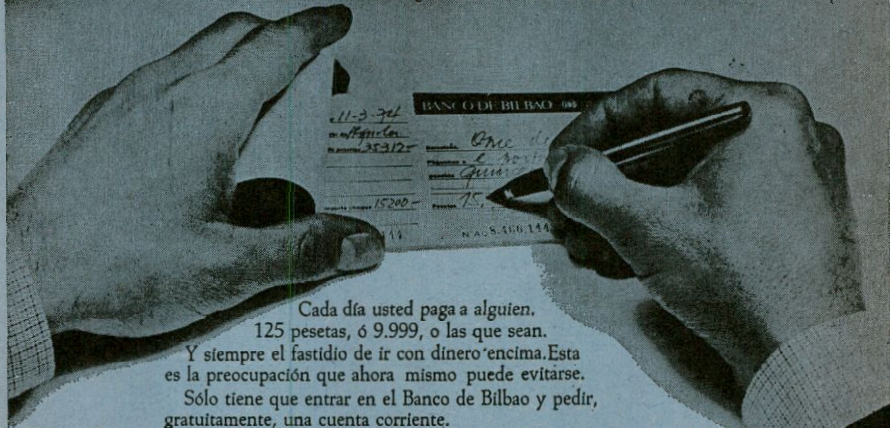
DIRECCIÓN: *SUCESOR DE HIJO DE LADISLAO CACHO*

C/ Pedro Mendoza, 14

Teléfono 22 19 85 - SALAMANCA

IMPRIMA DINERO PROPIO EN EL INSTANTE QUE LO NECESITE

Un servicio gratuito del Banco de Bilbao.



Cada día usted paga a alguien.

125 pesetas, ó 9.999, o las que sean.

Y siempre el fastidio de ir con dinero encima. Esta es la preocupación que ahora mismo puede evitarse.

Sólo tiene que entrar en el Banco de Bilbao y pedir, gratuitamente, una cuenta corriente.

Gratuitamente le entregarán su Talonario de Cheques.

Usted deposita en el Banco el dinero que desee. Cien pesetas o algunos miles. Nadie le va a pedir explicaciones.

Ese dinero es suyo. Puede recogerlo siempre que quiera, en cuestión de cinco minutos. Nadie le va a pedir explicaciones.

Pero mientras lo tiene en el Banco de Bilbao, para pagar usted sólo debe rellenar su talón y firmarlo. Vale por dinero.

Usted escribe la cifra exacta que debe pagar. Firma. Y ese papel, al instante, se transforma en «su» dinero.

Y mientras no lo usa, el Banco de Bilbao, además de guardar y proteger sus ahorros, le paga los máximos intereses autorizados.

Pero aún le ofrecemos más ventajas.

Quando usted debe cobrar una cantidad, o el sueldo de cada mes, sólo tiene que decir «págume a través de mi cuenta corriente». Da el número de su cuenta a quien le debe pagar, el dinero va directo al Banco de Bilbao, y usted lo tiene siempre que lo desee a su disposición.

También nos ocupamos de pagar los recibos que usted nos indique. Sin cobrarle un céntimo por nuestro servicio.

Y además, gratuitamente, le llevamos la contabilidad de sus pagos y cobros. En los plazos que usted quiera —cada mes, cada dos meses, seis, etc.— recibirá en su propio domicilio el detalle de todos sus pagos y cobros, e incluso le indicaremos cuánto cobra usted del Banco de Bilbao por dejarnos que le prestemos todo ese servicio.

Entre en el Banco de Bilbao y abra su cuenta corriente.

Desde hoy, imprima su propio dinero

Otra forma de serle útil del



BANCO DE BILBAO

PRODUCTOS MONTSERRAT

POLLOS - PAVOS vivos y congelados

HUEVOS para consumo - **HUEVOS** para incubar

POLLITAS de un día para puesta, rojas y negras, para producción de huevo moreno y recriadas hasta cuatro meses

**LLAME A CUALQUIERA DE NUESTROS TELEFONOS
Y OBTENDRA LA INFORMACION PRECISA**

SERVIMOS A DOMICILIO EN PLAZA

Explotación Agrícola Montserrat

Paseo Rector Esperabé, 10 - Apartado 84 - Teléfs. 214006-214007-214008 - SALAMANCA
Granja 218107 - Matadero 212015

OPTICAS

FOTO-CINE

«Gonzalo»

DESPACHO DE RECETAS EN EL ACTO

RUA, 5

M.ª AUXILIADORA, 25

TELEF. 212931

TELEF. 240401

SALAMANCA

Librería ANICETO

- PAPELERIA
- LIBROS
- IMAGENES
- ORFEBRERIA
- ARTICULOS RELIGIOSOS Y DE REGALO

Velas y Lámparas «GAUNA»
para el Santísimo

Calle Toro, 33
Teléf. 214735
SALAMANCA

VIDRIERAS ARTISTICAS emplomadas, al cemento y aluminio RESTAURACIONES

unión de
artistas vidrieros
VITROLUZ, S.L.

(antigua unión de artistas vidrieros de IRUN)

PRIMERA FIRMA ESPAÑOLA

Pl. Pío XII, 9 - Teléf. 617774-615796
IRUN

LOS SERVICIOS DEL

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

LLEGAN A TODOS LOS LUGARES DEL MUNDO

CAPITAL DESEMBOLSADO 29.624.518.750,00 Pts.
RESERVAS 65.761.304.159,79 Pts.

BANESTO cuenta con una extensa organización de más de 2.150 oficinas repartidas por todo el país.

SUCURSALES EN LA PROVINCIA

SALAMANCA CAPITAL: Oficina Principal, Toro, 21
" Urbana, Zamora, 40-42
" Avda. Portugal, 75-77
" Carretera de Fregeneda, 25
" Hilario Goyenechea, 19 (Barrio San José)
" Avda. de Federico Anaya, 40
" Plaza Barrio Vidal, 10-11
" Paseo del Rollo, 2

ALBA DE TORMES: Plaza Mayor, 14
BEJAR: Libertad, 5
CANTALPINO: Pl. España, 6
CIUDAD RODRIGO: José Antonio, 2
FUENTES DE ONORO: Dr. Fleming, s/n.
GUIJUELO:

Oficina Principal: Pl. del Reloj, s/n.
Oficina Urbana: Campillo de Salvatierra
LA ALBERCA: La Iglesia, 10
LA FUENTE DE SAN ESTEBAN:
Generalísimo Franco, 6
LA VELLES: Mayor, 43
LEDESMA: Bernardo Olivera, 1

REPRESENTACIONES EN AMERICA: Argentina - Brasil - Canadá - Colombia - Chile - EE. UU. - México - Panamá - Perú - Puerto Rico - Rep. Dominicana - Venezuela.

REPRESENTACIONES EN EUROPA: Alemania - Bélgica - Francia - Inglaterra - Suiza.

REPRESENTACIONES EN ASIA: Filipinas - Japón.

REPRESENTACIONES EN OCEANIA: Australia.

(Aprobado por el B.E. con el número 6.693)

Revistas editadas por PPC



**SEMANARIO DE
INFORMACION
GENERAL Y RELIGIOSA**

**RAZONES
PARA SUSCRIBIRSE
A VIDA NUEVA**

- Informa con libertad y sin partidismos.
- No pertenece a ningún grupo de presión socio-política o religiosa.
- Informa sobre la vida de la Iglesia y la sociedad civil.
- Vive exclusivamente de sus lectores, repartidos por todo el mundo.
- Deja oír las más variadas voces.

19,5 x 27,5
52 páginas, bicolor
(cubierta a cuatro colores)
España:
Año: 3.500 ptas.
Semestre: 1.850 ptas.

Edita

PPC / MADRID



Edición española de la colección internacional "Fêtes et Saisons", que publica **DU CERF**. Fascículos coleccionables sobre temas cristianos de nuestro tiempo.

Una colección eminentemente formativa y de especial utilidad para educadores.

España:
Año: 800 ptas.



Publicación ilustrada sobre el mensaje vivo y permanente de los libros santos como respuesta a los problemas del hombre de hoy.

Diez números al año.

España:
Año: 700 ptas.

SUSCRIPCION CONJUNTA A

IMAGENES DE LA FE

Y

LA BIBLIA Y SU MENSAJE

España:
Año: 1.300 ptas.

Redacción y Administración:

Enrique Jardiel Poncela, 4

Apartado 19.049

Teléfono 259 23 00 / MADRID-16



Semanario
de la
Iglesia
Diocesana

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.

.....

Domicilio

.....

Pueblo o Ciudad

.....

Deseo recibir COMUNIDAD

(Suplemento del Boletín Oficial del Obispado)

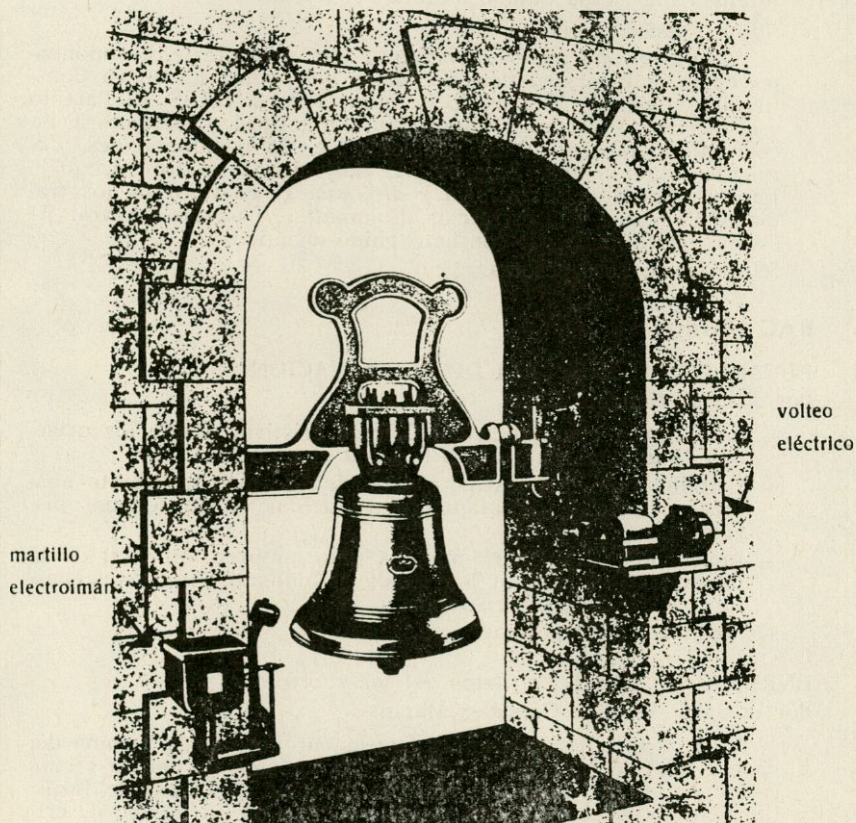
Abonaré 500 ptas. por la suscripción de todo el año

ENVIE ESTE BOLETIN A:

COMUNIDAD. Iscar Peyra, 26. SALAMANCA

FUNDICION DE CAMPANAS GABRIEL RIVERA DOMINGUEZ

MONTEHERMOSO (CACERES) - TELEF. (927) 43 02 09



CAMPANAS FORMA ESQUILON Y ROMANAS
TODOS LOS TAMAÑOS Y MEDIDAS



NOVEDADES BAC

C Maior

ESTRATEGIA DEL COMUNISMO HOY

Gregorio Rodríguez de Yurre

¿Tiene el comunismo, tal como existe hoy, capacidad para llevar a cabo la revolución mundial?

Naturaleza, comportamiento y situación en el mundo —especialmente en relación con el Occidente— del poder del bloque comunista que actúa bajo la batuta del Kremlin.

Síntesis del contenido

Naturaleza del poder soviético: Poder e ideología. Componentes de la política soviética. *El núcleo del poder:* La nueva Constitución soviética. El Partido Comunista de la URSS. El Partido y el ejército. *Disidencia y oposición:* La actitud conservadora. La corriente democrática. El problema de las nacionalidades. Corrientes humanistas. Sajarov. A. Soljenitsyn. Andrej Amalrik. Igor Chafarevitch. *Estrategia y diplomacia:* El valor de los tratados. El temor y la estrategia diplomática. *La gran ruptura:* El cisma del titoísmo. El conflicto chino-soviético.

560 páginas. 2.800 pesetas.

BAC Normal

EUCARISTIA E HISTORIA DE LA SALVACION

Por José M. Sánchez Caro

- La plegaria eucarística del Oriente cristiano desde los orígenes de la Eucaristía del N.T. hasta el siglo XVI.
- Estudio filológico, textual y teológico de más de treinta anáforas orientales, directamente traducidas de las lenguas originales.
- Aportación de primera mano a una comprensión vital de la Eucaristía, ofrecida a los teólogos, biblistas, liturgistas, pastores y educadores cristianos.

476 páginas. 2.500 pesetas.

ENRIQUE DE OSSO. *La fuerza del sacerdocio*

Por el Card. Marcelo González Martín

Vida de una de las grandes figuras católicas de la España del siglo XIX. Sacerdote de cuerpo entero, apóstol, periodista y educador inspirado por el espíritu y la doctrina de Teresa de Jesús. Un ejemplo de compromiso valiente y claro en un tiempo de crisis social y religiosa.

530 páginas. 1.300 pesetas.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

LA EDITORIAL CATOLICA, S.A.

Hernani, 29 — MADRID-20

SEMINARIO DE DERECHO DE
LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA
COMPAÑIA, 1
SALAMANCA

TRANQUEO CONCO